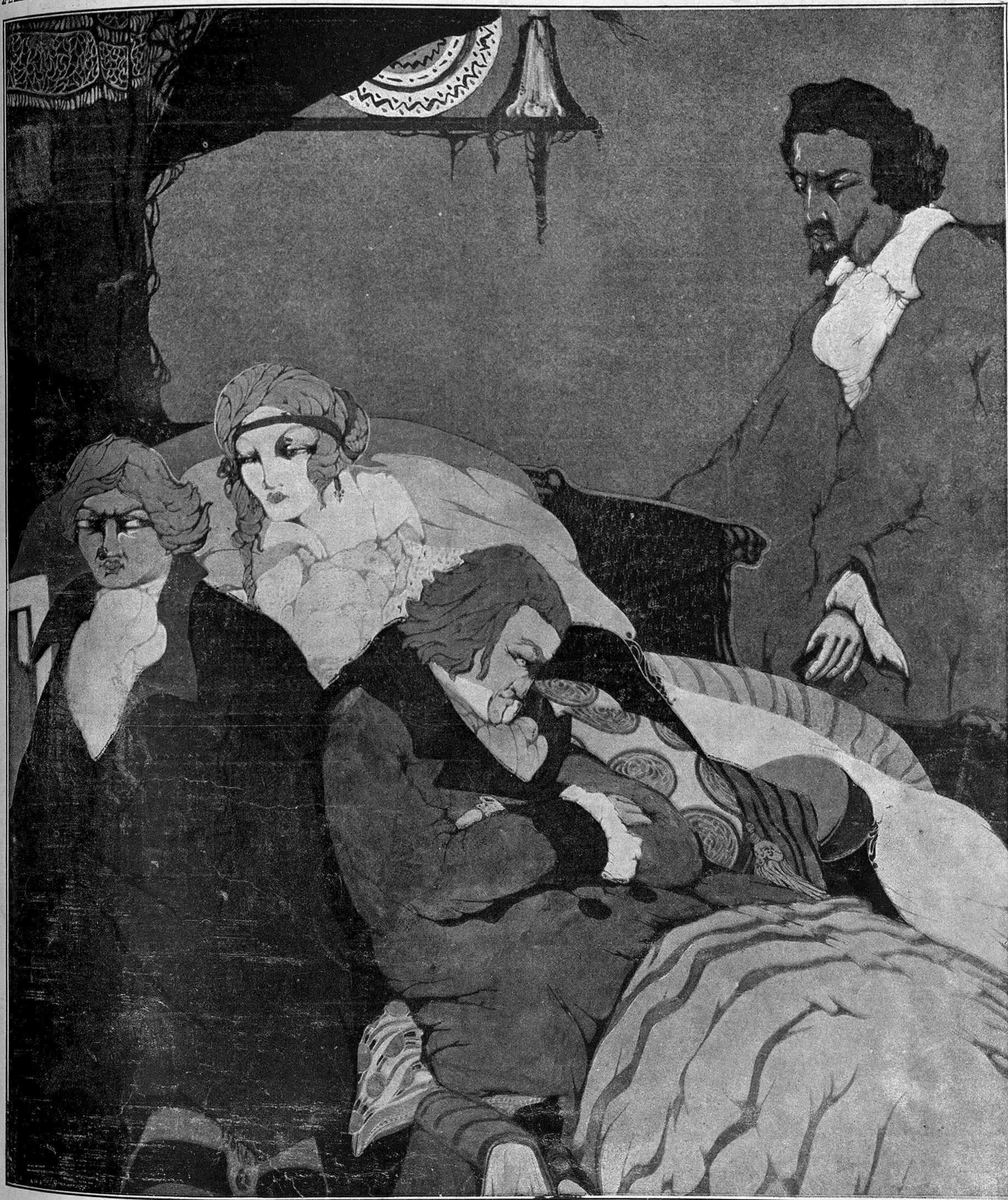


La Esfera

Año VI Núm. 271

Precio: 60 cénts.





La moda suprema en
hermoseadores del cutis.

Es simplemente deliciosa

Comunica belleza exquisita
a la tez

De venta en todas las farmacias y Droguerías



Burroughs Wellcome y Cia.
Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

SP.P. 1584

All Rights Reserved



FOTOGRAFÍA **BIEDMA** 23-Alcalá-23
TELÉFONO 730
: Casa de primer orden : HAÇ ASCENSOR



Hasta mi suegra me quiere
y me abraza con locura,
porque sabe que la obsequio
con el jabón PECA-CURA.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color mo-
reno (siete matices), rosa ó blanco, 2,25.—
Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25,
5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

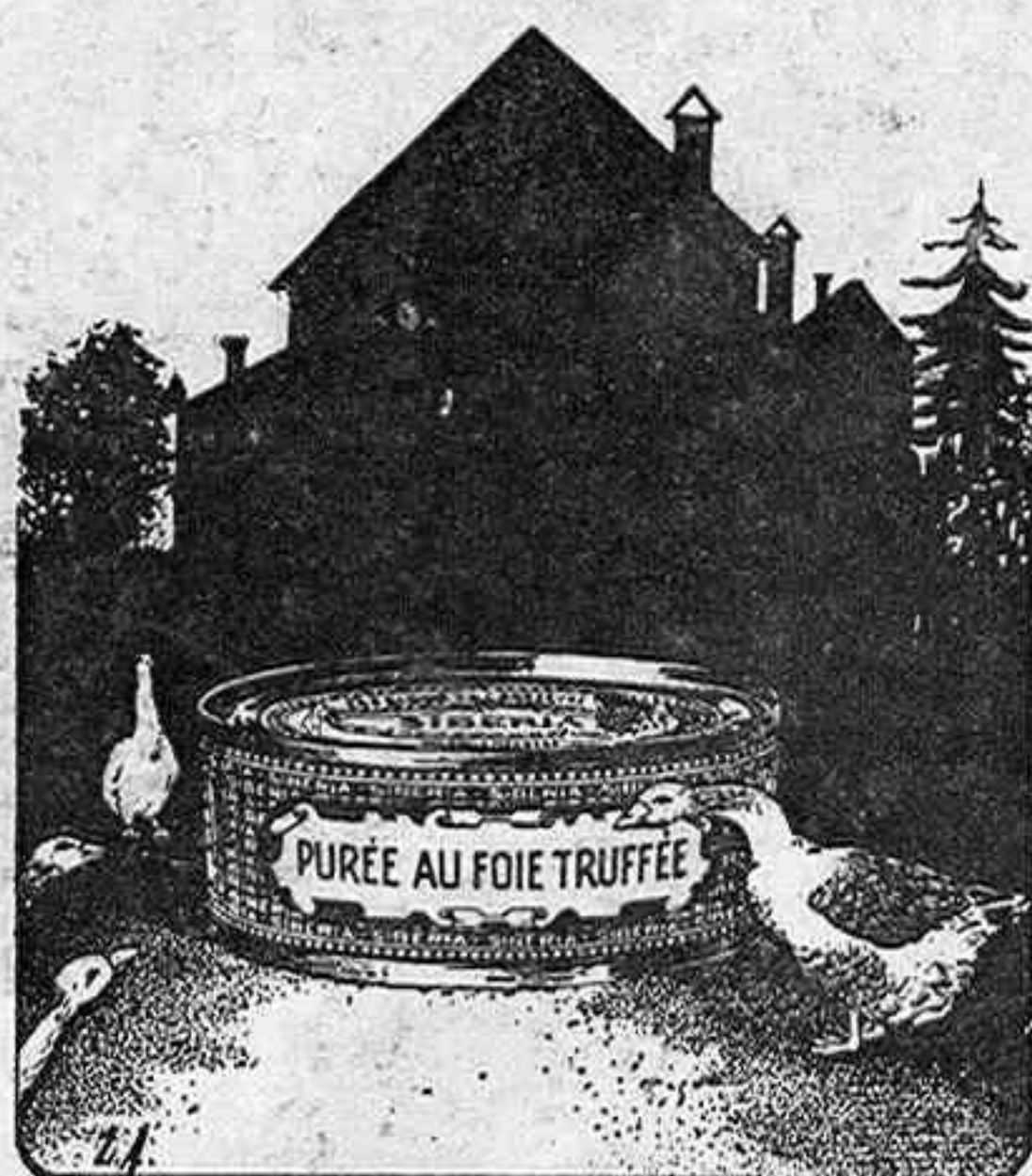
PEDID las lociones y esencias para
el pañuelo, serie "IDEAL", perfumes:
ADMIRABLE, ROSA DE JERICÓ, CHIPRE,
GINESTA, ROSA, MATINAL, MIMOSA, RO-
CIO FLOR, ACACIA, VERTIGO, VIOLETA,
CLAVEL, JAZMIN, MUGUET, SIN IGUA-
LES por su finura, intensidad y persistencia.

Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 6
pesetas, según frasco.—Últimas creaciones de
Cortés Hermanos, BARCELONA.

SE VENDEN

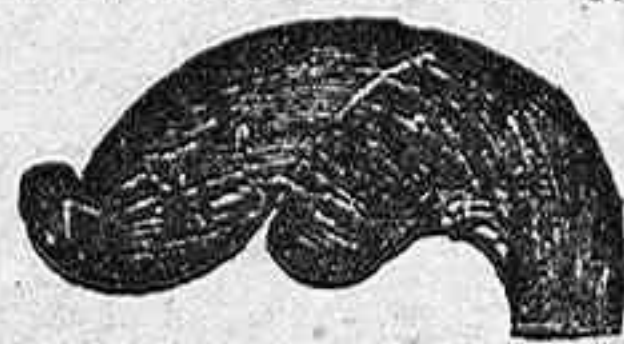
los clichés usados en esta revista.
:: Dirigirse á Hermosilla, 57 :::

ALCOHOLATO
Suaviza la piel.
ALCOHOLATO
Para fricciones.
ALCOHOLATO
Perfume exquisito.
ALCOHOLATO
de Rosa, Quina, Violeta, Jazmín, Helio-
tropo ó Romero. Frasco, 6, 3 y 2 pesetas.
CARMEN, 10, ALCOHOLERA



Contrarrestan la carestia de las subsisten-
cias los alimentos concentrados, como el-
FOIE GRAS SIBERIA

RAMOS Bisofnés y postizos que
forman el poro natu-
ral, invención de
esta casa, y reco-
miendo su perfec-
ción. Se aplican tin-
turas y se hace la
ondulación Marcel,



Huertas, 7, Madrid

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN
NINGUNA PARTE. :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS
Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO FERNANDEZ
Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van
siempre acreditados en forma que no quede duda de la
legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato
alguno con quienes no tengan autorización reciente,
carnet de identificación de la casa, sellado con el sello
de la misma y firmado por el Administrador Delegado,
ni satisfagan el importe de los recibos que les presen-
ten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, ga-
rantizados sus intereses por nosotros, que no podemos
responder de más gestiones que de las encomendadas
á nuestros representantes debidamente autorizados.



FOSFATINA
FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños
y para las personas de estómago delicado, como los
convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y
desconfiese de las imitaciones. Preparado este
alimento en una fábrica modelo y conforme á proce-
dimientos científicos, es *inimitable*.

DE VENTA EN TODAS PARTES.



RELOJ DE PRECISIÓN

"ELECTION"

Viuda de Alberto Maurer

ALMACÉN DE RELOJES AL POR MAYOR:

Carrera de San Jerónimo, 15, MADRID

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado
especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

FUNDADORES DE ESTADOS ATENAS

REFIEREN las tradiciones de los antiguos historiadores griegos, que la región que ocupa la moderna Atenas fué en remotos tiempos habitada por los pelasgos, que, estableciéndose en su Acrópolis, dieron pie á la fundación de la histórica ciudad.

Posteriormente, Cecrops y sus compañeros, que procedían de Egipto, se instalaron en la naciente capital, á la que denominaron Cecropia, en memoria de su jefe. Ocupada después por los fenicios, pasó más tarde á poder de los jonios (procedentes del Peloponeso, de donde habían sido expulsados por los dorios), los que no tardaron en adueñarse de las fértiles campiñas de su territorio.

Las leyendas antiguas señalan una serie de jefes ó reyes que gobernaron el país, el cual, en los tiempos anteriores á Teseo, estaba dividido en doce Estados rivales, frecuentemente en guerra los unos con los otros.

Teseo, que logró reconciliarlos, es considerado como el fundador de la unidad política ateniense, debiéndose á su esfuerzo que la Atica llegara, bajo su dominio, á ser el centro religioso de aquella parte del territorio griego. En su consecuencia, pasó la antigua Cecropia á ser capital del Estado, denominándose posteriormente Atenas, en honor de la diosa Atenea, que se adoraba en el recinto de la Acrópolis.

ooo

Teseo nació en Trezena, en Argolia, y era hijo de Egeo. Antes de abandonar la Argolia su padre había depositado la espada y sus sandalias bajo un enorme peñasco. Llegado á su mayor edad, Teseo levantó sin esfuerzo la roca, y, apoderándose de la espada y sandalias, partió para la Atica. Durante el viaje exterminó cuantos monstruos y bandidos infestaban sus caminos. Al llegar á la corte de su padre, Medea, esposa de Egeo, intentó envenenar á su entenado; pero Teseo, habiendo descubierto sus criminales intentos, se dió á conocer á su padre, que arrojó á Medea de su lado y asoció á su hijo al gobierno. Teseo defendió á Egeo contra los palanquidos, que habían invadido sus Estados; dominó al toro de Maratón, que sacrificó en honor de Apolo, y consiguió librar á los atenienses del tributo de

siete doncellas y siete mancebos que pagaban al Minotauro de Creta, logrando dar muerte al monstruo y escapando del Laberinto, donde aquél se ocultaba.

A la vista de las costas de la Atica se olvidó de izar la vela blanca, según había convenido con su



TESEO

padre, como signo de victoria en su arriesgada empresa, interpretando Egeo la vela negra de la partida como señal evidente de haber ocurrido una desgracia á su hijo, por lo que, transido de dolor, creyéndole muerto, se precipitó en las aguas del mar que lleva su nombre, pereciendo entre sus olas.

Teseo heredó el Poder y fué reconocido como rey

de Atenas, dando sabias leyes á su pueblo; pero poco acostumbrado á la vida reposada de la Corte, pronto se dedicó á nuevas empresas guerreras.

La tradición le hace figurar en la expedición de los argonautas, y tomar parte en Thesalia, en el terrible combate de los lapitas contra los centauros. Contribuye luego al rapto de Hipólita, reina de las Amazonas, y lucha con las mismas, vencíéndolas completamente en las vecinas colinas de Atenas.

Dirígese luego á Laconia para raptar á Helena, y finalmente intenta ayudar á Piritóo en la obra de libertar á Proserpina, lo que no consigue, pues su amigo es despedazado por el Can Cerbero, y él queda preso en el Tártaro, hasta que acude Hércules á libertarlo.

De vuelta en Atenas al cabo de dos años de ausencia, encuentra á su patria en plena anarquía, motivada por los diversos partidos que aspiran al Poder. Impotente para restablecer el orden, el héroe pierde el favor popular, expúlsante los atenienses, y una tormenta le arroja de Creta á la isla de Esciros, cuyo rey, Licomenes, le acogió con benevolencia en un principio; mas, variando luego de conducta, le dió muerte traidora, haciéndole precipitar desde lo alto de una roca.

Algunos siglos más tarde, durante las guerras púnicas, Cimón ordenó el traslado de los restos de Teseo, de Esciros á Atenas, efectuándose con gran pompa las exequias en memoria del gran héroe.

La figura de Teseo fué popularizándose en toda la región de la Atica, donde se le tiene como á un gran legislador y fundador de su unidad política. A su energía y dotes de gobierno se le debe el haber conseguido reunir en un solo Estado los doce cantones de la Atica, aun los que disfrutaban de completa independencia.

Para mejor consagrar la unión política instituyó las llamadas fiestas panateneas. Como héroe nacional, Teseo fué objeto de un culto especial en Atenas, celebrándose en su honor las fiestas *teseicas*, que, además de los sacrificios, comprendían festines y juegos. Su figura ocupa lugar preferente en la literatura griega, habiéndose inspirado en sus hazañas los poetas para llevar á la escena sus más famosas tragedias.

CARLOS URBEZ

Lea usted **NUEVO MUNDO** DE ESTA SEMANA

Contiene los siguientes trabajos literarios:

Crónica de actualidad.

El teatro de la vida, por Andrenio.

Apostillas, por Pérez de Agala.

Los nuevos caminos del mundo, por Antonio G. de Linares.

Zorrilla San Martín, por Cejador.

La Casa de los Ministerios, por Pedro de Répide.

Junto al radiador, por Félix Paredes.

Comparsas, por Pérez Zúñiga.

Triptico, por Fernando Mota.

Crónica teatral, por Miquis.



Rousseau, padre del anarquismo, por E. González-Blanco.

Te conozco, por González de Zavala.

La Hemeroteca municipal, por Tomás Carrero.

Valencia y el directo, por Conrado Granell.

La vida deportiva, por Ruiz Ferrer.

“Nuestros poetas”, versos de Dicenta (hijo), López Hernández y Martínez Corbalán.

La fiesta de los maceros, por Manuel Soriano.

Dibujos de Ramírez, Robledano, Parabere y Penagos.

Interesantes fotografías de actualidad.

Ocho páginas en bicolor.

PRECIO: 40 CÉNTIMOS

Concurso de Muñecas de FLORALIA

La PERFUMERÍA FLORALIA, creadora de los admirables productos FLORES DEL CAMPO, que por su higiene y fragancia han adquirido fama mundial, abre un concurso para premiar **diez muñecas vestidas con trajes típicos españoles, antiguos ó modernos**, que, á juicio de un JURADO compuesto de eminentes artistas y críticos, sean acreedoras á tal recompensa.

Entrega de las muñecas

Las muñecas se entregarán, á partir de la fecha del 7 de Marzo, en la CASA THOMAS, Sevilla, 3, Madrid, todos los días laborables, de cuatro á siete de la tarde; y para evitar posibles extravíos ó roturas en las que sean enviadas desde provincias, será condición precisa que la entrega se efectúe directamente, dándose como garantía de la misma un recibo numerado.

Las muñecas deben ir acompañadas de un lema, el que su autora designe, y de un sobre cerrado, con el mismo lema, en cuyo interior lleve el nombre, apellidos y domicilio de la concursante. No se admitirán seudónimos, iniciales ni nombre de casa, fabricante ó profesional de la industria de juguetes.

La altura de las muñecas que se presentaren no ha de ser inferior á 30 centímetros ni superior á 50.

Premios

Serán diez, repartidos en esta forma:

Uno de QUINIENTAS PESETAS.

Uno de TRESCIENTAS.

Uno de DOSCIENTAS CINCUENTA.

Uno de DOSCIENTAS.

Uno de CIENTO CINCUENTA.

Cinco de CIENTO VEINTE PESETAS cada uno.

Para premiar, respectivamente, la mejor y las que la sigan en mérito, á juicio del Jurado.

Las muñecas premiadas, así como las presentadas al concurso, se exhibirán al público en la CASA THOMAS.

Subasta de las muñecas no premiadas

Con objeto de compensar en lo posible á las autoras de las muñecas no premiadas, la PERFUMERÍA FLORALIA organiza entre aquéllas una subasta.



El éxito formidable alcanzado por esta asombrosa creación de la moderna perfumería científica se debe, no sólo á su aroma embriagador, obtenido con la destilación de las flores más delicadas, sino á sus no igualadas condiciones higiénicas, que han hecho de ese producto el más refinado y admirable secreto de belleza.

1,75, 1,25 y 0,75 la pastilla

Condiciones de la subasta

Para tener derecho á ella, es requisito indispensable que la autora de la muñeca escriba en el sobre que antes se menciona: EN CASO DE NO SER PREMIADA, SUBASTESE (O NO).

El tipo de la subasta ha de ser, como máximo, 25 pesetas.

Esta subasta se efectuará por medio de tarjetas que un empleado de la PERFUMERÍA FLORALIA fijará, con su precio de puja, en cada muñeca.

Entre las muñecas cuyo tipo de subasta no haya sido cubierto, la PERFUMERÍA FLORALIA adquirirá veinte de ellas al precio fijado, con objeto de sortearlas entre las niñas pobres de Madrid, á cuyo efecto serán entregadas al Excmo. Sr. Gobernador.

Importe de las muñecas subastadas

Se entregará íntegro á sus autoras, previa justificación de su personalidad.

Propiedad de las muñecas premiadas

Las muñecas agraciadas con cualquiera de los diez primeros premios, pasarán á ser de la propiedad absoluta de la PERFUMERÍA FLORALIA.

Destino de las muñecas premiadas

La PERFUMERÍA FLORALIA, deseando corresponder al favor creciente del público, destinará las muñecas artísticas á que se hace referencia en el párrafo anterior, á ser sorteadas entre sus clientes en la forma y condiciones que oportunamente se especificará.

Plazos de admisión y recogida de muñecas

El plazo de admisión terminará el 15 de Marzo, á las ocho de la noche.

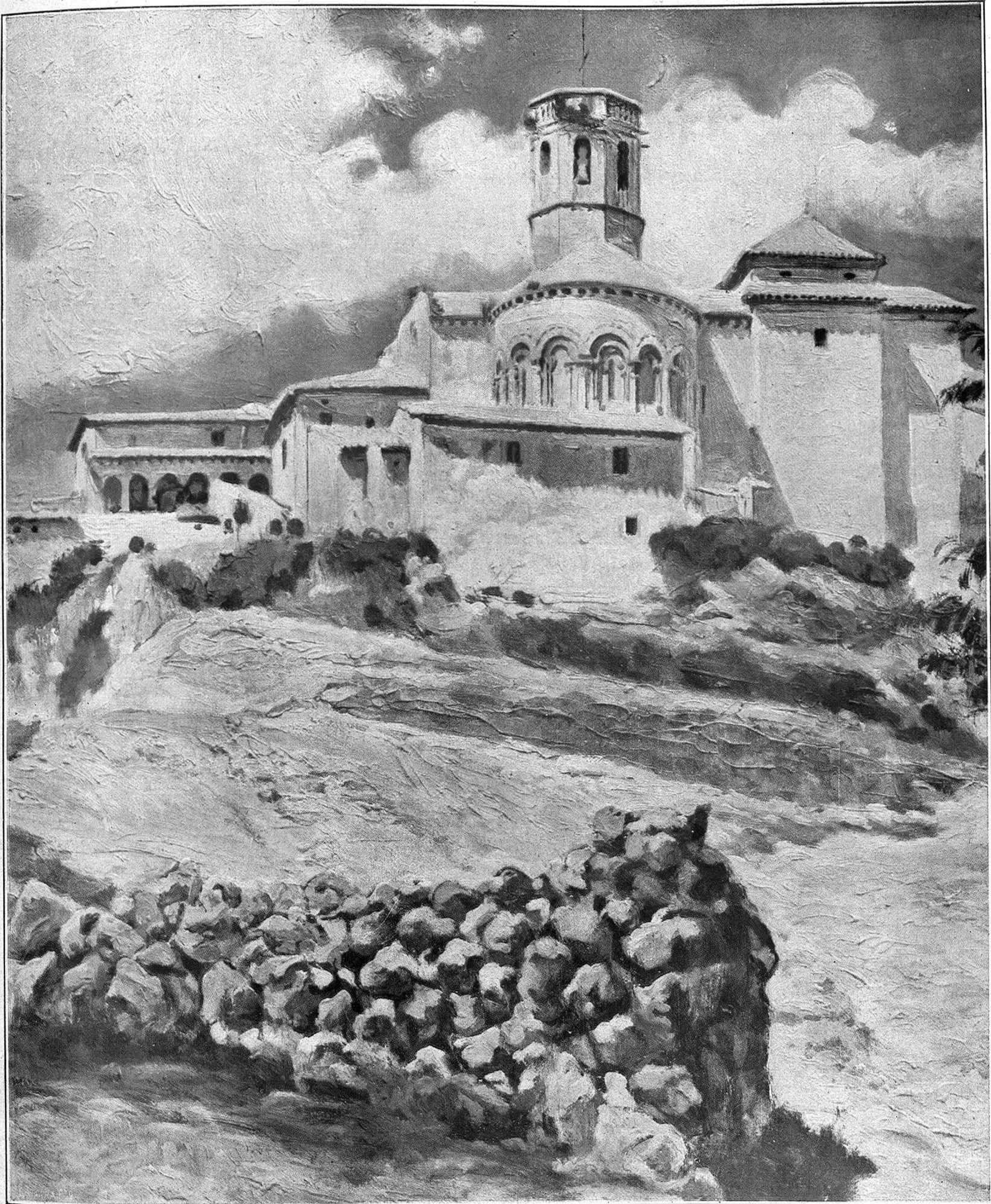
Las muñecas podrán recogerse en la CASA THOMAS hasta quince días después de clausurada la exposición: bien entendido que, transcurrido ese plazo, la PERFUMERÍA FLORALIA no se hace solidaria de los riesgos que pudieran correr, extravío, etc., las muñecas no retiradas.

La Esfera

Año VI.—Núm. 271

8 de Marzo de 1919

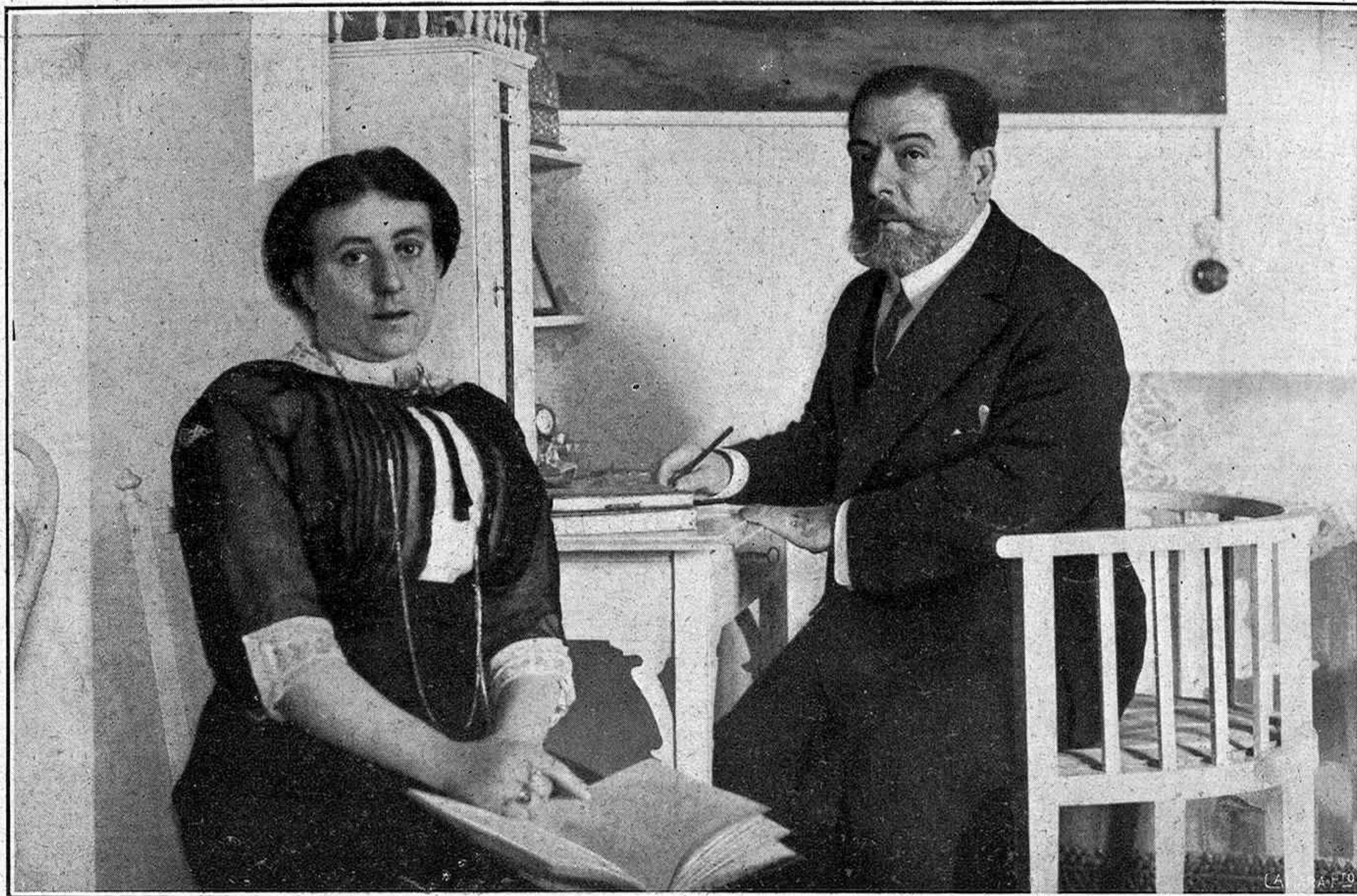
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



PAISAJE

Cuadro original de Alejandro Cardunets

DE LA VIDA QUE PASA
JULIO BURELL



Julio Burell con su esposa en su gabinete de trabajo

FOT. CAMPÚA

EN la redacción de aquel periódico, una de las varias en que yo he consumido lo mejor de mis energías, esperábamos cada noche la llegada de Julio Burell con el temor de que nos olvidara, con la certeza de que si venía había de traernos dos elementos espirituales de inmenso valor: lo elegante de su prosa y las evocaciones múltiples de la vida política y literaria. Era ordinariamente tardío, y muchas veces nos faltaba. Si la demora constante y la ausencia frecuente hubieran sido el efecto de un sistema para hacerse desear, hubiera él acabado por enojarnos, ya que, necesitando su cooperación y advirtiéndolo siempre estas inocentes deslealtades, nos ponía en el caso imposible de sustituirle. Pero no; estábamos seguros de que si Julio Burell no venía es porque se había encontrado en la calle con un amigo y la conversación le había exaltado y se había olvidado de las horas, de los deberes, de nuestra amistad reverente y admirativa, y luego eran las excusas, tiernas, como de niño que no acude á clase, súplicas como de hombre rendido por el remordimiento. No le dejábamos acabar la explicación. Su rostro noble y simpático, sus pálidas pupilas de acero, su verbosidad, el deleite de sus palabras hubieran rendido al más tiránico de los dictadores. Al fin le teníamos. Era nuestro por unas horas; íbamos á disponer de su pluma, y eso nos aseguraba un triunfo. Pero Julio Burell, una vez dueño de los ánimos que él juzgaba irritados, seguía el decir abundante, contándonos los más curiosos detalles de la última jornada parlamentaria, la síntesis del discurso pronunciado por Sagasta, por Cánovas ó por Gamazo. Y luego abría el libro inagotable de sus recuerdos viejos, y allí salían en caudal sin fin las anécdotas, las frases, los donaires, las burlas, un tesoro de intencionada crítica.

Pero había llegado la hora de escribir y Julio no se decidía. Sobre la mesa estaba el tintero, estaban las cuartillas. Hasta le teníamos dispuestos los recortes de la Prensa para que él escogiera lo que mejor le pareciera. No había modo de convencerle, y al fin era preciso resignarse. Aquella noche no escribía Julio Burell, y era de ver la amargura del sustituto, que de modo alguno podía aspirar á poner en la página la luz y los colores del estilo prodigioso del maestro.

Otras veces Burell llegaba rápido, el primero

entre los más madrugadores de la redacción; sentábase en su mesa, asía la péñola y comenzaba á arrojar palabras con su letra grande y clarísima, y en breve espacio había concluido el intento, porque era fácil en la locución y jamás le hacía falta consultar los diccionarios. Había en su manera literaria un dominio total de los procedimientos; no incurrió nunca en los lugares comunes, no adoleció jamás del pecado de vulgaridad. El sabía labrar un monumento con el más insignificante tema. Era más propenso á admirar que á criticar; pero cuando elogiaba convertía en objeto de su examen, en materia digna de su cincel, y cuando el chispeo de la ira crepitaba en la punta de su pluma, la propia nobleza generosa cubría á la víctima. Por eso al morir Julio Burell no se ha asomado á su tumba un solo rostro contraído por el odio.

Hombre de tan fértil ingenio hubiera debido dejar montañas de cuartillas, centenares de libros. No ha dejado sino artículos, muchos artículos, ni tantos como debiera. Dos ó tres docenas de ellos son famosos, y significan tránsitos de la vida del autor al través de una lucha tormentosa, llena de dudas é inspiradas siempre en conceptos de democracia.

Si detrás de Julio Burell hubiera ido un taquígrafo recogiendo sus inspiraciones momentáneas, tendríamos ahora la base del monumento que merece este literato, que ha tenido por sistema prodigar su entendimiento, no cuidándose nunca de la conservación de sus obras. Dondequiera que él aparecía le rodeaba el corro de los oyentes. Era el salón de conferencias del Congreso lugar favorecido para sus disquisiciones. Resonaba su voz estentórea, estremeciendo los ámbitos del edificio, y muchas veces, al saber que Burell estaba hablando en los pasillos, quedaba solitario el salón de sesiones.

Era la representación ingenua, castiza, puramente nacional de los estilos discursivos. Ese despilfarro del ingenio constituía una forma de la generosidad. Hombres hay que piensan lentamente, que apuntan cuanto se les ocurre, que llenan páginas y páginas de notas para después ir elaborando sus producciones. Burell no ha tomado una nota jamás, ni ha intentado recordar lo que dijo en la instantánea florescencia de su ingenio. Hablaba ahora, y al escribir seguía ha-

blando, sirviéndole de fonógrafo la cuartilla. Hubiera sentido él rubor de copiarse, más que de copiar á otro. Resultaba el genio de la elocuencia escrita, del que dijo Cormenin: «Cada minuto trae su idea, y la idea del minuto anterior es un cadáver.»

Empezó Burell su vida política siendo muy joven, y gozó de estima de los hombres más eminentes y poderosos. Cánovas decía de él: «Qué bien piensa este muchacho. Lástima que no piense mañana lo que pensó ayer.»

Y Augusto de Figueroa, el maestro del periodismo nuevo, ya olvidado, afirmaba que Burell sería capaz de hacer él solo un gran periódico, si al acabar la primera página no tuviese el tedio de la obra realizada y no aspirase á rectificar en la página segunda lo que ya había establecido. Era un amante de la perfección, un exquisito depurador de las formas, un estilista al que la repetición, la asonancia, el hiato causaban dolores mórbidos. Redactaba fácilmente, escribiendo párrafos que parecía haber pensado con detenimiento, y así resultaban ellos diáfanos y con claridades cristalinas. Era el inventor de una prosa cálida, vehemente, comunicativa, llena de resplandores. La suprema hidalguía del pensamiento vibraba en sus artículos. La gran prosa castellana tiene en ellos páginas indiscutibles.

Sin que pueda averiguarse la causa, Julio Burell fué dejando de escribir. Sus labores oficiales como ministro, sus empeños parlamentarios no justificaban el olvido de la pluma en que incurrió el maestro. Hay que buscar la explicación del silencio del gran prosista en otros motivos.

Pocos meses hace que me encontré con Burell frente á la casa en que ha fallecido. Conversamos sobre lo que entonces era y sigue siendo de actualidad: la campaña catalanista. Y el insigne colega me dijo:

—¡Si yo tuviera dónde escribir!

Aquel hombre predestinado á las supremas dicciones periodísticas, carecía de un órgano. El lo decía, y es verdad. Deduzcan de ello las consecuencias naturales los que quieran, sepan y puedan. Se ha dado el caso de que Burell ha quedado inédito por la falta de una página en la que le fuera posible estampar libremente sus juicios.

J. ORTEGA MUNILLA

FIESTA INFANTIL ARISTOCRATICA



Dos escenas de la comedia de Benavente "El principe que todo lo aprendió en los libros", representada en casa de los señores de Cejuela.— "La reina Eliseta", Srta. Linares Rivas; "El rey", Joaquín Argamasilla; "El principe Azul", Merceditas Cejuela; "Tonino", José Díaz Merry; "La bella", Amalia Gobartt; "El preceptor", Mimi Oyarzábal

Los señores de Cejuela, sinceros amantes de los niños, celebran todos los años dos ó tres fiestas infantiles que son el encanto de los pequeños y de los mayores. En la que han celebrado recientemente, y con la brillantez acostumbrada, los señores de Cejuela han puesto de relieve, una vez más, su buen gusto, que todos reconocen y elogian.

En el lindo *Teatro Merceditas* fué primeramente representada por la compañía de niños-actores—verdaderos artistas—la comedia de Jacinto Benavente *El principe que todo lo aprendió en los libros*. Antes, la encantadora Elisita Linares Rivas recitó con arte exquisito un propósito en verso que para tan simpática fiesta había escrito el ilustre autor de *La garra*.

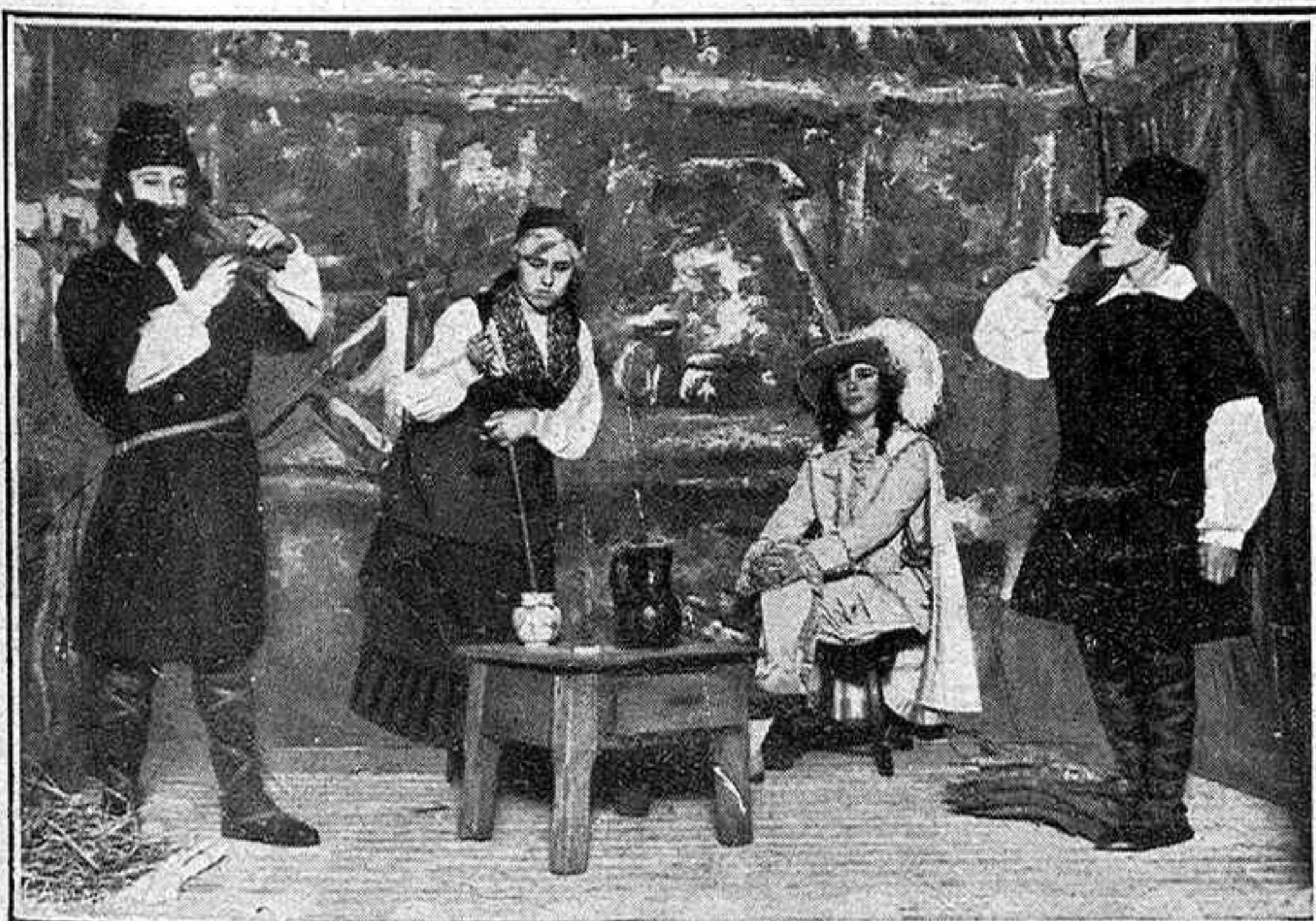
No hay para qué decir que la presentación escénica fué admirable y que la interpretación de las obras mereció los más entusiastas aplausos de la distinguida concurrencia. Vaya también nuestro aplauso para los intérpretes y nuestra felicitación para los señores de Cejuela.

La fiesta resultó brillantísima,



Elisita Linares Rivas, Carmencita Romeo, Merceditas Cejuela, Alfonso Romeo, Juanito Ezquer, Juan Antonio Galainena, José María García Ruiz, Chuca del Río, Mimi Oyarzábal, Carmen y Amalia Gobartt, que tomaron parte en la representación de "Molinos de viento"

en todos conceptos digna de los organizadores y de los que le prestaron su valiosa cooperación. Porque, en honor á la verdad, todo allí era admirable. Comenzando por los dueños de la casa, que gozan las extraordinarias simpatías correspondientes á sus merecimientos; siguiendo después con los artistas—porque tal calificativo merecen cuantos tomaron parte en la representación teatral—, y, por último, rindiendo un tributo de admiración á la selectísima concurrencia, que llenaba por completo los amplios salones donde esta solemnidad verificábase, todo, repetimos, era acreedor al entusiasmo y los plácemes que se le otorgaron. En resumen: fué una agradabilísima fiesta de imborrable recuerdo para cuantos tuvieron la dicha de presenciarla, porque nada más merecedor de loa que un motivo artístico para deleitar á los mayores con el espiritual encanto de los niños. Los niños son la sana alegría que nos besa para purificación del alma... Y terminamos con la más cordial y expresiva enhorabnena para la monísima criatura Merceditas Cejuela, alma de la fiesta.

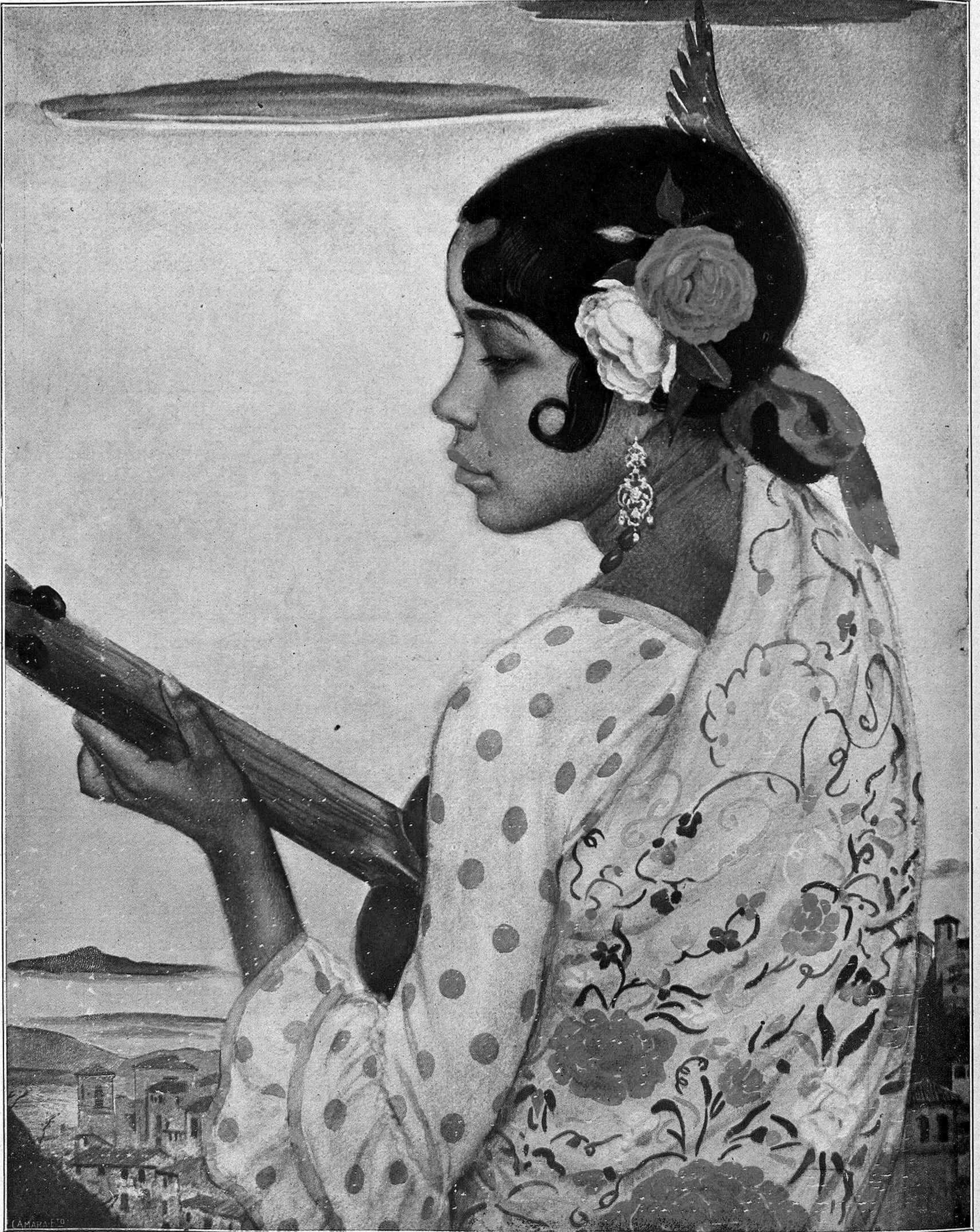


Dos escenas de "El principe que todo lo aprendió en los libros".—Srta. Martínez, Merceditas Cejuela, Luis Llanos y Silvela, Luis Oyarzábal, Chuca del Río, Carmen Ezquer, Asunción Polentinos y Morucha Gobartt

FOTS. MARÍN

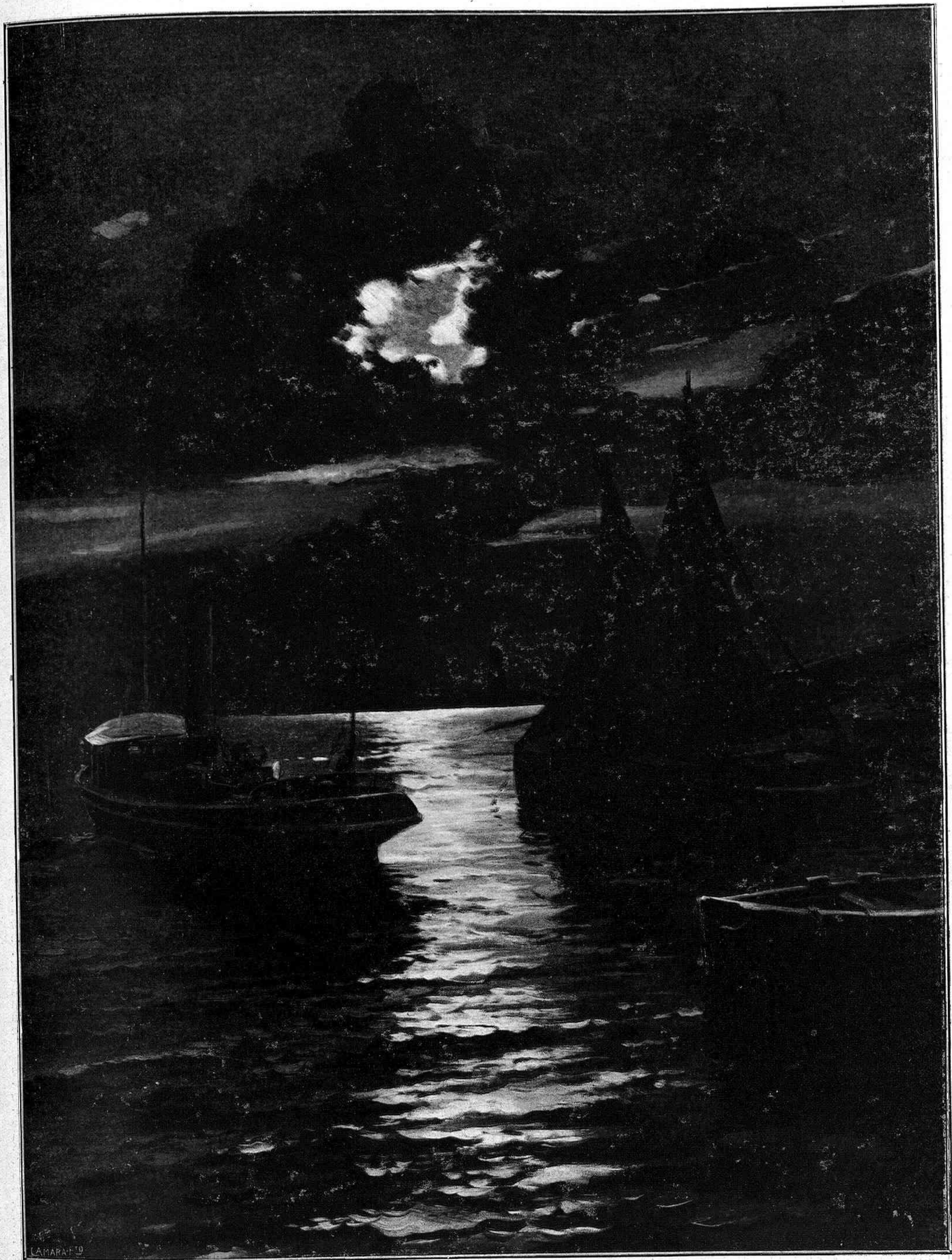
LA ESFERA

TIPOS ESPAÑOLES



GITANA GRANADINA, acuarela original de Wynne Apperley

PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL PUERTO DE MÁLAGA, dibujo de R. Verdugo Landi

NUESTRAS VISITAS
PEDRO MUÑOZ SECA



Muñoz Seca con una de sus hijas.

CESAMOS de reír un momento, durante el cual yo contemplé una magnífica fotografía de Don Alfonso XIII, dedicada, que había en el sitio preferente del despacho. Al fin, me hizo exclamar:

—¡Bien, Perico!, veo que tiene usted el alto honor de ser amigo de nuestro Rey.

—Hombre, ¡ya lo creo!, y hasta me he permitido ofrecerle colaboración. Yo soy un entusiasta de Su Majestad. Es un hombre que vale muchísimo: simpático, amable, y además tiene una gracia que tumba. Ha visto todas mis obras, y hasta me hizo el honor de asistir al estreno de *La barba de Carrillo*; para mostrarle mi agradecimiento por esta distinción, le dediqué la obra, y le envié el primer ejemplar; él, a los pocos días, me mandó ese retrato dedicado, y por medio de una carta me hizo saber que me agradecía los buenos ratos que le había hecho pasar con mis comedias. Por cierto que estoy inventando ahora, para esa carta, un marco especial, porque, como está escrita por ambas carillas, es muy difícil que, colgándola en la pared, se vean á un mismo tiempo el anverso y el reverso. ¿Verdad que es difícil?

Asentí sonriendo.

—Bueno, pues dentro de una semana tendré el invento terminado. ¡Hará una revolución! No, si á mí acabarán conociéndome, y pasará á la posteridad por alguno de mis inventos. ¿No tiene usted noticias de mi bastón termo, para excur-

sionistas? Pues es precioso. ¿Y el sombrero de copa contra los naufragios? Ese es una maravilla. Este año pienso hacer las pruebas en San Sebastián. El otro día, sin ir más lejos, he ideado un aparato para quitar las rodilleras de los pantalones, y estoy satisfecho, porque no es ninguna «plancha».

Me tragué el chiste, y no pude por menos de soltar una carcajada. El acento marcadamente andaluz del aplaudido autor daba más gracia á sus palabras.

—Bueno, hablemos seriamente—murmuré, porque la risa no me dejaba tomar notas—. ¿En dónde nació usted?

—En el Puerto de Santa María, el año 1881: capicúa; morirá el domingo de Piñata de 1991, otra capicúa que se las trae. Esto de que he de vivir ciento diez años no es una chirigota: me lo vaticinó mi ama, esposa de un cabo de la Guardia civil y... amigo mío: hay que creer lo que dicen las *civillas*. Aprendí á leer de corrido en las obras de Julio Verne. ¡La de pesadillas que me ha costado á mí Julio Verne! En cuanto se me ensuciaba el estómago era yo soñando un explorador ó un esquimal. La de veces que me ha despertado mi madre gritándome: «Chiquillo, no pases mal rato, que no estás en el Polo.» He sido siempre el hombre de las pesadillas; algunas de ellas me han servido luego para argumentos de mis comedias. Lo de *La barba de Carrillo* lo soñé una noche en el tren. Otra noche

soñé que era yo una onza de chocolate, y que la cocinera me cogía para rallarme. ¡Qué angustia cuando vi que me quitaba el papel plateado y cogía el cuchillo! Otra vez me perdí dentro de un queso Gruyère, y no encontraba la salida. ¡Qué angustia! Me metía por un agujero, por otro, daba vueltas y más vueltas y... ¡nada! Y lo mejor es que yo había salido de mi casa para buscar al médico, porque una cuñada mía estaba de parto, y el marido de la interfecta me había dicho: «¡Por Dios, Perico, mucho ojo!» Y lo que hacen sufrir estos sueños.

—¿Fue usted buen estudiante?

—Sí, señor; estupendo. En Sevilla cursé las carreras de Derecho y Filosofía y Letras. Cuando las hube terminado, mi padre me regaló 300 pesetas, y yo decidí gastármelas en venir á Madrid. Madrid era mi obsesión. Mi madre, que sabía la clase de pájaro que yo era, el día de la partida me cosió en el bolsillo interior del chaleco un billete de veinte duros, fruto de sus ahorrillos, y me dijo muchas veces: «Por Dios, hijo mío, que es el dinero para la vuelta; no lo gastes más que en eso.» Me despedí de ellos diciendo: «Hasta dentro de diez días.» Y... aquí estoy... Cuando yo vi cómo era Madrid, me dije: «Periquillo, esta es tu tierra. Aquí, el que trabaja se hace el amo.» Y pasé varios días buscando febrilmente colocación. Era difícil. Llegó el momento de quemar las naves ó de regresar á mi pueblo: ese era el dilema. Y me decidí por

quemar las naves. Descosí el bolsillo del chaleco y extraje el billete de cien pesetas. Fué un momento solemne de mi vida. César, al pasar el Rubicón, se irguió menos que yo. Le encendí una lamparilla de aceite á la Virgen de los Milagros, patrona de mi pueblo—porque yo soy creyente—; escribí una carta á mis padres, diciéndoles que había encontrado una buena colocación, y me tiré á la calle en busca de trabajo.

—¿Y lo de la lamparilla, hizo su efecto?
—¡Calle usted, hombre! El tufillo del aceite debió llegar á lo más alto, porque á los seis días era yo profesor de griego, hebreo y literatura latina en la academia de Morales y Valdivia, con ¡veinticinco durazos mensuales! ¡Urquijo! ¿Qué Urquijo? Mucho más. Aquel día ha sido el más feliz de mi vida. Podía vivir con independencia, y hasta con lujo; podía quedarme en Madrid; podía tomar café todos los días. No sé por qué asociación de ideas me acordé de Julio Verne.

—¿Cómo se despertó en usted la afición al teatro?

—La tuve desde niño. Cuando vine á Madrid ya había yo estrenado algunas cosas: en mi pueblo un sainete en verso, titulado *República estudiantil*, que fué un exitazo; luego, *Un perfecto de Paura, El señor de Pili* y algunas más. Todas con retruécanos, ¿eh? Pero la obra que me había dado cartel era una zarzuela estrenada en el Teatro del Duque, de Sevilla, titulada *Las guerreras*. Por cierto que mi pupila, una viejecita muy simpática, que asistió á la representación, se entusiasmó locamente, y le decía á todo el mundo que yo era un genio, y empezó á ponerme unos filetes gordísimos y á tratarme á cuerpo de rey, y siempre me decía: «Don Pedrito, usted, con el tiempo, será unos hermanos Quintero. Coma, coma usted.» Y, claro, yo, para darle gusto, me nutría como dos. ¡Qué remedio!

Hizo una pausa; me ofreció un cigarrillo. Yo lo observaba. Estaba impecable, con su cuello de pajarita, su traje de corte inglés y su aire distinguido, de diplomático.

—¿Cuál fué su mayor éxito?

—No sé si ha sido *El rayo* ó *La venganza de Don Mendo*.

—¿Cuál le gusta á usted más?

—*La venganza*, sin duda porque ha sido la que más trabajo me ha costado. Yo suelo tardar en hacer una comedia de tres actos cuarenta días. En *La venganza de Don Mendo* invertí cerca de un año. Claro que durante ese año hice no sé cuántos actos más. Pero, vamos, es la que he hecho con más detenimiento.

—Y dígame usted, Perico, ¿cuánto dinero le lleva producido su ingenio teatral?

—Bastante menos que un ingenio en Cuba. ¡Lo que se exagera en eso del dinero! Yo apenas llevo ganados unos setenta mil duros. Antes las obras me dejaban para ir viviendo con buen humor; ahora ya para ir viviendo y guardar algo para los chicos. Tengo seis, y los que quieran venir.

—¿Qué escribe usted más á gusto, lo serio ó lo cómico?

—Prefiero el género cómico, porque es lo que hago con más facilidad. Dentro de lo cómico los disparates me encantan. Yo soy capaz de hacer una comedia disparatada cada veinte días. A veces se me ocurren cosas que las desecho, porque me da miedo; temo que un día me tiren las butacas; pero son cosas de gracia, no lo dude usted. Tengo apuntados en un libro treinta y dos asuntos á cual más disparatados y graciosos, y no los toco por nada del mundo. Son las obras que guardo para la vejez. Cuando me encuentre agotado, cuando la imaginación se resista, entonces. Aún tendré treinta y dos éxitos; créalo usted, porque son argumentos con unas situaciones como para revolcarse de risa.

—¿Y cómo es que hace usted de vez en cuando obras serias?

—Porque me gusta muchísimo vencer dificultades, y todos los años procuro dar dos obras que estén bien. La intención, por lo menos, es buena. Además, como trabajo tarde y noche, suelo hacer al mismo tiempo dos obras de arte distinto, y se recrea muchísimo mi espíritu cuando, después de hacer decir disparates á uno de mis muñecos, hago que diga cosas de sentido común alguno de mis personajes serios.

—Según se ve es usted un incansable trabajador.

—Soy un león; mejor dicho: una especie de Cierva. Trabajo tarde y noche, salvo rara excepción; por la tarde, colaboración, y por la noche, solo. Durante la mañana cumplo en mi oficina, pues soy jefe del negociado de accidentes en la Comisaría General de Seguros. No faltó jamás, y trabajo mucho; un trabajo muy bonito, por cierto.

—¿Y cómo no deja usted ese empleo; ahora que ya tiene asegurado el porvenir?

—Jamás; por nada del mundo. A él le debo la salud. Metodiza mi vida; me obliga todos los días á levantarme á una hora fija y, por consiguiente, á acostarme á la una y media todas las noches. No soy un hombre fuerte ni demasiado sano, y el método me conserva.

cosa desagradabilísima que me ocurrió en una visita de pésame.

Meditó un instante para ordenar el relato; después prosiguió:

—Había muerto la tía de una compañera de colegio de mi mujer; esta compañera estaba casada con un marino, que yo no conocía. Yo soy refractario á hacer visitas, y sobre todo, las de pésame me estremecen porque salgo á plancha por visita; sin embargo, mi mujer venció mi resistencia y nos plantamos en casa de los dolridos, mi mujer, un cuñado mío, que es muy distraído, y yo. Al entrar, la criada se llevó á mi mujer á la sala, y á mi cuñado y á mí nos mandó al comedor con los caballeros. Allí encontramos al señor de la casa rodeado de amigos. Mi cuñado me presentó al marino de esta manera: «Mi hermano político.» Y no dijo mi apellido... Se generalizó la conversación entre aquellos señores serios. Hablaban de incendios. Yo, por meter baza en la conversación, exclamé: «Para incendio espantoso el de la Comedia.» Entonces el señor de la casa exclamó con voz de trueno: «¡Lástima no volviera á arder con Muñoz Seca dentro!» «Verdad—dijeron tres ó cuatro—. ¡Lástima de teatro dedicado á ese género estúpido, imbecil é intolerable!» Y dirigiéndose á mí uno de ellos me preguntó: «¿Usted se ha reído alguna vez con esas gansadas?» «Hombre yo... pues verá usted...» Sin dejarme terminar, exclamó: «Nada, no me diga usted que sí.» Pero lo gordo, lo verdaderamente gordo, fué que uno de los pesamistas, un caballero que tiene una alta graduación en la Armada, se arrancó diciendo: «Ese Muñoz Seca es un animal. Yo le conozco.» «Y yo también—intervino otro—; un sandio.» «Yo también—añade el señor de la casa—. Está casado con una compañera de mi mujer.» Y al decir esto, miró á mi cuñado que estaba pálido como la cera y se quedó, á su vez, del color del azufre. El hombre se hizo cargo en aquel momento de que estaba metiendo la pata, y con un achaque hizo mutis tropezando con el mobiliario. Siguió insultándome. El uno me fusilaría; el otro se había cansado de patear mis obras, y en esto una criada asomó la cabeza, diciendo: «La señora de Muñoz Seca, que se marcha.» Cayó como una bomba. Yo, muy tranquilo, me levanté, me tiré de los puños, miré á todos, que se habían quedado aterrados, con las bocas abiertas, y después de dirigirles una de mis mejores sonrisas, le tendí una mano á mi cuñado, que también se había puesto de pie, y le dije: «Amigo Muñoz Seca, quede usted con Dios. Siento mucho el mal rato que le han hecho á usted pasar estos señores pesamistas. Buenas tardes, señores.» Y me fui. Y aquí empezó lo gracioso. Todos aquellos señores rodearon á mi cuñado y quisieron darle la mayor cantidad de explicaciones. ¡Qué tardécita! Pero anda, que de uno de mis detractores, el que llevaba la voz cantante, me he vengado bien.

—¿Cómo?—inquirí.
—Es un señor que tiene un juanete en el pie derecho que es un sombrero de copa, un espolón. Yo todos los años, el día de San Juan, le envío una tarjeta diciendo: «Pedro Muñoz Seca, felicita á su Juanito.»
—¿Cuál es el chiste de sus obras que más le gusta?
—¡Oh! No recuerdo. Un chiste de frase que está muy bien encajado en la situación es el de la escena del académico en *Los pergaminos*. Un personaje grita entusiasmadísimo á su mujer: «Urraca, Urraca.» «Querrá usted decir Eureka.» «No, señor, Urraca, que es el nombre de mi mujer.» Fué una explosión.
Y Muñoz Seca se retorció de risa recordando el momento.



Muñoz Seca rodeado de sus hijos

FOTS. MARTÍNEZ

—¿Con qué compañero colabora usted más á gusto?

—Con Pérez Fernández me entiendo muy bien. Es un muchacho muy listo y muy trabajador; ahora tenemos mucha tela cortada. Con Enrique García Alvarez he hecho muchas obras, y cada una de ellas ha sido para mí un verdadero disfrute. ¡Se ríe uno tanto con sus cosas! No creo que nazca un hombre de más gracia personal que Enrique; hasta cuando le cuenta á uno penas hay que reírse; es el único.

—¿Qué autor cómico le gusta á usted más?

—Tristán Bernard.

—¿Y dramático?

—De los modernos, Benavente.

—No creo en la sinceridad de sus predilecciones, pero continuemos.

Muñoz Seca protestó; yo continué mi interrogatorio.

—¿Cuántos actos tiene usted estrenados?

—En Madrid 142.

—¿Es usted plenamente feliz?

Me miró sorprendido por mi pregunta y...

—¡Hombre, ya lo creo! Viven mis padres, he tenido diez hermanos y viven los diez, y son dichosos; mis hijos gozan de buena salud y son guapos. Mi mujer es un ideal de compañera; gano dinero y oigo aplausos, ¿qué más puedo pedir?

—Pero tendrá usted muchos enemigos, ¿no?

—Ya lo creo; como usted y como todo aquel que se destaca. A propósito: le voy á contar una

EL CABALLERO AUDAZ

Cuentos Españoles



LA CHARCA

Este baile del Real, que de otro modo sería uno de tantos, vulgar como todos, asciende á memorable por lo que aún se discute si fué ilusión de fantasías acaloradas por libaciones, alucinación singular de los ojos, broma lúgubre de algún desocupado malicioso ó farsa amañada por los concurrentes—aun cuando esto último parece lo más inverosímil, por la imposibilidad de que se pusiesen de acuerdo tantas personas extrañas las unas á las otras para referir un enredo sin pies ni cabeza.

Lo que afirmaron haber visto, visto por sus ojos, no duró más que, según unos, media hora, y, según otros, veinte minutos. Empezó á las tres en punto, y cesó cuando hubo sonado la media.

A tal hora, si bien es la más animada de locuras, hállase ya cansado el cuerpo, turbia la vista, no quedando en el salón los que van «á dar una vuelta», sino sólo los verdaderos aficionados incorregibles. No obstante, redobló de pronto el lanzamiento de serpentinas y cordones y gasas de colorines que envolvía las barandillas de los palcos y tapizaba el suelo; y al caer las tres campanadas llamó algo la atención el ingreso, en dos palcos antes vacíos, de un grupo de máscaras. Las damas lucían dominós de gro y moaré, con encajes, y la capucha que cubría su cabeza era de anticuada forma; los caballeros también vestían capuchones negros, de rico raso, con lazos de colores en los hombros. Los pliegues de los disfraces caían lánguidos sobre los cuerpos de los enmascarados, como si estuviesen

colgados de una percha. Se diría que flotaban, que no cubrían bulto alguno.

Los que lo notaron observaron también que las enguantadas manos de las máscaras, apoyadas en el reborde del palco, bailaban en los guantes de cabritilla, blancos y color paja, tan cortos que no pasaban de la muñeca. Hubo quien afirmó que, donde cesaba el guante, en lugar del brazo redondo ó fuerte, sólo se veía un hueso color de marfil, un hueso mondo y lirondo.

Excitada la curiosidad, la acrecentó el hecho de que, abriéndose las puertas de los palcos ocupados por las singulares máscaras, apareció en cada una de ellas un criado vestido de galoneada librea, con careta de enorme nariz, portador de un cubo donde se helaban botellas de *champagne*, y de las copas donde había de espumar la bebida. Descorcharon en silencio y sirvieron, oyéndose el choque del cristal. Al inclinarse los criados para hacer su oficio, los mismos que se fijaban en las raras muñecas de las máscaras, repararon en que las libreas flotaban como vacías, y las manos de los servidores, bajo el guante, parecían manojos de palillos, sin mullido de carne alguna. Varios curiosos, más resueltos, subieron á los palcos vecinos, y escucharon ávidamente la conversación, apagada y cuchicheante, de los enmascarados. Alrededor de una dama, que se hacía aire con un abanico de nácar incrustado de oro, muy ancho de varillas, muy corto de paisaje, y que ostentaba unos fastuosos pendientes de gordas perlas de perilla, parecían coincidir las atenciones y los respetos de todos.

Había, sin embargo, otra dama, de ojos profundos y negros, como los tienen las imágenes, muy joven, muy esbelta, que prodigaba á la del abanico el «señora» á todo pasto, mientras ésta la tuteaba...

¿De qué hablaban las máscaras? De costumbres. Juzgaban, en general, á la época presente, como si fuese para ellas algo nuevo y desconocido.

—Es una sociedad deliciosa—afirmaba la de los ojos negros, á quien nombraban duquesa—. Las señoras enseñan la pierna hasta más arriba de la rodilla, y no usan mangas. Los muchachos tratan á las muchachas de *asaúras* y de *golfas*. Se reúne la gente de alto coturno, no en los palacios, sino en las posadas y fondas. Se bailan bailes con nombres de animales, y los bailan como animales igualmente. Fuman las damas en público, y los hombres les echan el humo á la cara y pasan delante de ellas en las puertas. ¿Se acuerda la señora de la Morny? Claro que fumaba, la muy gringa, pero no delante de todos.

—No me digas. Si estoy atónita. ¿Te acuerdas de los bailes del Real en mi tiempo? Venían... veníamos disfrazadas todas. Ahora sólo... doncellas de labor. No sé qué opinará Ramón de todo esto, y, en especial, del cotarro político. ¿Tú qué harías, Ramón, para arreglar las cosas?

El máscara interpelado se inclinó, deferente, contentándose para no soltar un terno por toda respuesta. Ajustó la capucha sobre la lisa peluca, y contestó al fin:

—Señora, lo mismo que hice siempre... Y ya

sabe que me dió excelente resultado... Hasta que yo lié el petate no le ocurrió nada de malo á mi reinécita... Fatales tiempos han sobrevenido para todos. Me atrevo á creer que conmigo no pasaría mucho de lo que está pasando.

—De seguro, duque—intervino la de los ojos de imagen—. Y, para mí, lo peor de todo es la invasión de ordinariéz. Nosotros seríamos lo que se quiera, pero éramos gente fina, por lo menos.

—Sí, sí—aprobó la máscara á quien el del pelucón había llamado reinécita—. Hay muy poca educación y mucha despreocupación. Pero, así y todo, veo cosas bien bonitas en estos tiempos tan fatales. Mira tú que se ha progresado. Yo no sé si debemos brindar por nuestra época ó por la moderna. A mí me parece que todas las cosas tienen su lado bueno, ¿no?

—Siempre ha sido así la señora, muy bondadosa, muy indulgente—observó la duquesa—. Yo, pareciéndome que en *nuestra situación* se debe ser franco, confieso que celebro infinito no existir...

Cuando tal dijo la máscara, los que escuchaban sintieron un escalofrío glacial. «¡Son muertos, son muertos!», repitieron, paralizados por el mismo susto. «¡Son fantasmas!», opinaban algunos, dando diente con diente. Y, como para aumentar su horror, las máscaras misteriosas alzaron las manos, en cuyas muñecas blanqueaba el hueso mondo y lirondo, y desataron los antifaces. Pero antes de realizar este movimiento, los criados de lengua nariz rubicunda, como oyeron nombrar brindis, sirvieron copas colmadas, cubiertas por fuera de un rocío fresco; y las máscaras las apuraron, chocándolas antes cordialmente. Y los que no apartaban la vista del grupo de enmascarados, se fijaron en que el *champagne*, pasando por la boca, venía á salir por el cuello, rebosando por cima de los elegantes capuchones y las pecheras almidonadas, que cerraban diamantes de roca antigua, montados en botones de esmalte azul. Apuradas las copas cayeron los antifaces, y se vieron los rostros. Eran de carne, al parecer, si bien no faltó, al día siguiente, quien asegurase que aquellos rostros estaban modelados con goma y hábilmente pintados con los colores de la vida. Fuese lo que fuese, el runrún, que ya crecía entre la concurrencia, arreció, hasta convertirse en alboroto amenazante. Un cruce de exclamaciones, de preguntas, de protestas, de gritos se alzaba hacia el palco donde tranquilamente sonreía la que antaño España aclamó con entusiasmo tal. Era su faz sonrosada; sus bandós de dulce tono castaño con reflejos rubios; sus azules ojos de apacible y un tanto maliciosa mirada; su bien modelada frente; su respingada y picaresca nariz; en suma: sus facciones tal cual rodaron estampadas en el cuño de los metales y en el papel de los sellos. Y á su lado, la fisonomía inconfundible del *Espadón*, y, formándole una corte deslumbradora, las hermosuras célebres de su período, cuyos trajes y adornos son polvo, y cuyas joyas, dispersas, lucen acaso hoy en las orejas y escote de las héteras famosas. También podía verse allí al banquero fastuoso y al magnate rival de los monarcas, y semiescondida, esperando su hora de reinado efímero, á la duquesa de la Torre, linda como un sueño, morena todavía...

El gentío se precipitó, enloquecido, hacia la escalera que conduce á los palcos. Corrían, se empujaban; alguno rodó, maltrecho, y fué pisoteado. Se enredaban en las serpentinas al querer ir más aprisa. Parecía que manos invisibles lanzaban las largas y frágiles cintas de papel á millares. Al cabo, la turba llegó á los palcos de las asombrosas máscaras, que ya no lo eran, realmente, pues descubrían su rostro. Y, al empujar la puerta, se oyeron clamoreos, chillidos, á los cuales sucedió un estupor profundo. Los palcos estaban vacíos. Vacíos del todo.

—No quedaba—murmuró uno de los que subieron al asalto—ni señal de la presencia de enmascarados semejantes, y, por lo tanto, habrá que suponer que fué todo ello un espejismo de la imaginación, que sufrimos sin darnos cuenta. Puede que el *champagne* tuviese alguna composición que trastornase los sentidos...

—¡El *champagne*!—repitió el otro interlocutor.—El *champagne* es lo que prueba la verdad... Fijese usted. Mire al suelo del palco, y dígame qué significa entonces esa charca...

Era lo que había rebosado de la bebida de los extraños enmascarados, sin bajar al estómago. El suelo estaba encharcado, verdaderamente. Un río de *champagne* serpenteaba hasta el pasillo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE PENAGOS



PENAGOS
XIX



De doce á dos, en la tardía mañana de las aristocracias, son las aceras de la Castellana como los caminos de la vida feliz

HORAS DE MADRID

La de las elegancias invernales...

De doce á dos... Hora de luz en el cielo inexorablemente azul... Hora de clemencia en la paradoja de nuestro invierno, áspero y duro bajo la caricia perdonadora del sol...

De doce á dos, en la tardía mañana de las aristocracias, son las aceras de la Castellana como los caminos de la vida feliz, si es que en la segura y apacible semejanza que la fortuna presta á los días está, al cabo, el desencantado secreto de la felicidad...

Por una acera, los niños y los ancianos: el principio y el fin... Por la otra acera, las tres juventudes: juventud extrema, que presume de adolescencia y reniega de la niñez porque aún no logró desprenderse de ella; juventud verdadera y fogaz; y, por último, lo que en París llaman *l'arrière dernière jeunesse*: la juventud heroica, la que sitiada por un ejército de otoños no capitula, y se conserva por obra y gracia del *postiche* y del tinte, del *busc* y del *maquillage*...

Así, cuando me asomo á la Castellana, luego de los cinco ó seis años de ausencia que representa cada una de mis peregrinaciones por el mundo, hallo al par, en el orden de las personas, mudanzas que desconciertan y tradiciones que aplastan...

... y en los hidalgos que aprenden, y en las damiselas que enseñan las sutilezas del "flirt", por la acera de la izquierda, no reconozco ya á los chiquillos que iban por la ingenua derecha en mis lejanos tiempos... Pero hablé de tradiciones que subsisten, abrumadoras y fatales...

Paseo arriba, por la acera de la derecha, van nuevos niños, y no van ya muchos de «aquellos» viejos... Y en los hidalgos que aprenden y en las damiselas que enseñan las sutilezas del *flirt* por la acera de la izquierda, no reconozco ya á los chiquillos que iban por la ingenua derecha en mis lejanos tiempos...

Tales son las mudanzas que desconciertan... Pero hablé de tradiciones que subsisten, abrumadoras y fatales... Ya sabéis quiénes las representan: los eternos jóvenes, las eternas damas y los eternos galanes que, asediados por un ejército de años, resisten heroicamente; los que amaban y las que enamoraban allá por 1900, cuando aun faltaban catorce años para que la guerra que ya terminó, y que fué eterna, comenzase.

Por lo demás, la vida cambia y, poco á poco, va entrándose un parisianismo rezagado, pero salvador, por los angostos umbrales de nuestro Madrid, arcaico hasta en su elegancia.



Las muchachas—¡tan bellas!—, que ponen cátedra de gentileza y de seducción Castellana arriba, han hecho tales progresos en el arte de vestirse y de andar, de mirar y de sonreír...



ooo



Paseo arriba, por la acera de la derecha, van nuevos niños, y no van ya "aquellos" viejos... Tales son las mudanzas que desconciertan...

Las muchachas—¡tan bellas!—, que ahora ponen cátedra de gentileza y de educación Castellana arriba ó Castellana abajo, han hecho tales progresos en el arte de vestirse y de andar, de mirar y de sonreír, que entre ellas y las muchachas que fueron *in illo tempore* sus madres, si no hay gran distancia en el tiempo, hay, en cambio, en el espacio de las costumbres un camino muy largo, tan largo que parece mentira que haya sido andado por una sola generación...

Las recuerdo aún, aquellas señoritas de 1900; las que ensoñaban mis lejanos diez y ocho años; las que me hacían olvidar la existencia de esa Universidad, en cuyos claustros, oscuros y malolientes, era menester vivir, como en dura cárcel, las horas más luminosas del día; las que eran dueñas de mi espíritu y prestaban liberadoras alas á mi fantasía, aherrojada por aquel terrible señor Piñerúa que se obstinaba en hacerme aprender Química

con juegos malabares de mnemotecnia; las que me hacían ir, como Cyrano, en perpetuo desafío á toda la prosa y á toda la vulgaridad de la existencia: en perpetua demanda de una mirada y de una sonrisa de Roxana... Las recuerdo aún, aquellas señoritas de 1900, y no puedo impedir que una dulce tristeza me asalte al pensar ¡qué cursilitas eran!...

Todas empaque, todas prejuicio, iban Castellana arriba y Castellana abajo con pasos lentos y menudos... Sus manos, prisioneras de la falda y del manguito; sus brazos, inmóviles; su cuerpo, contrahecho y estrujado por la moda de un talle absurdo; su tez, exangüe por el recogimiento de una vida claustral; sus ojos, apagados por una timidez de esclavitud, tornábanlas artificiosas como autómatas... No eran mujeres... Eran muñecas... Les fijaban una actitud, les daban cuerda, y, día tras día, repetían exactamente el mismo trayecto sobre las mismas piedras...

¡Qué lejos están de toda aquella atormentada ficción estas muchachas de ahora; las que ponen cátedra de gentileza y de seducción Castellana arriba ó Castellana abajo; las que pasean de prisa, con pasos firmes y rápidos; las de las faldas cortas y los brazos libres—¡oh, brazos que oscilan como péndulos, midiendo los instantes de armonía en esa sonata de la belleza pulsada por el ritmo!—; las de estatuaria hermosura esbozada fielmente, devotamente, por la *gaine* de punto de seda; las de tez animada por la vida al aire libre, en el vértigo del *sport*; las de mirar valiente y risa franca; las verdaderas, las admirables, las adorables mujeres, en suma!...

Poco á poco, un parisianismo salvador se entra por los umbrales de nuestro Madrid, y para nosotros, perpetuos ausentes, la mayor sorpresa es esta de encontrar en la Castellana, de doce á dos, las mismas divinas siluetas que hace un año veíamos cruzar, de once á doce, por los senderos del Bosque de Bolonia...

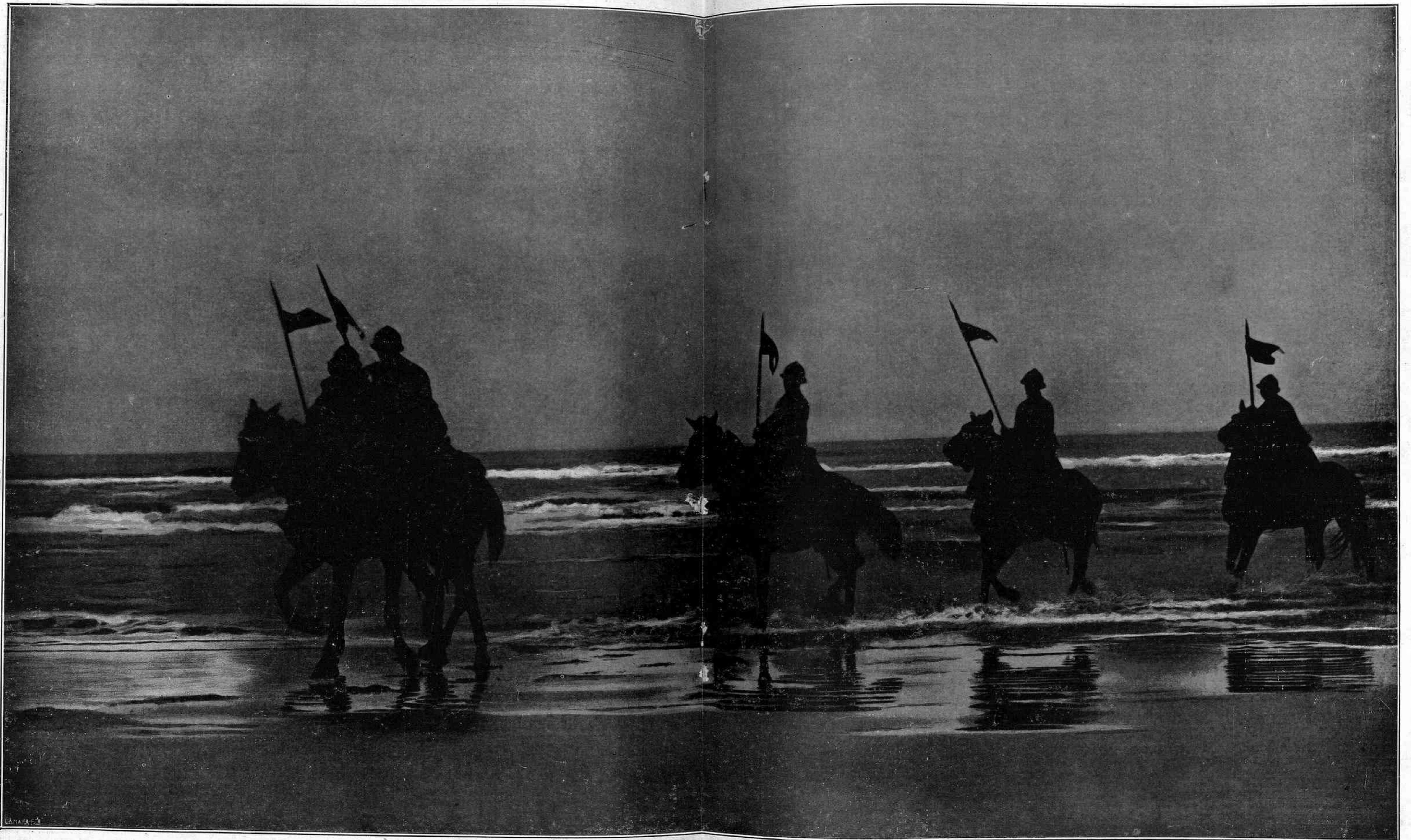


La vida cambia, y poco á poco va entrándose un parisianismo salvador por los umbrales de nuestro Madrid arcaico; de tal modo, que para nosotros, los ausentes, la mayor sorpresa es esta de encontrar ahora, en la Castellana, las siluetas que hace un año admirábamos en el Bosque de Bolonia...



¡Qué lejos de aquella atormentada ficción de las señoritas de 1900 estas señoritas de hoy, las que van de prisa, con pasos firmes y rápidos: las de las faldas cortas y los brazos libres!...

ANTONIO G. DE LINARES



Caballería italiana cruzando una playa en la calma placida de la noche y el silencio de la paz

Fot. Italo-Hispánica

Calendario del Amor ■ MARZO



“El rapto de las sabinas”, cuadro de Casto Plasencia, existente en el Museo del Prado

ESTE mes, el primero del año en la primitiva Roma, estaba dedicado á uno de sus dioses tutelares: Marte.

En sus calendas celebrábanse en honor del dios de la Guerra, de la Fecundación y de la Primavera las fiestas «matronalias», en las que las damas conmemoraban la reconciliación de los romanos y de los sabinos, después del rapto de las mujeres de este pueblo (1).

Lujosamente ataviadas dirigíanse por la mañana al monte Esquilino á visitar en su templo á Juno, la diosa del matrimonio, depositando á sus pies las flores con que se coronaban; en estas fiestas no intervenían los solteros. Por la tarde, en recuerdo de las afectuosas muestras de amor que las sabinas recibieron de sus maridos, permanecían en sus casas, espléndidamente vestidas, esperando los obsequios de sus esposos y los presentes de sus familiares; delicada y galante costumbre digna de loa.

También en el primer día del año (*calendas martiis*) se ponían nuevas ramas de laurel en las fascas, y, en honor de la vuelta del sol, se verificaba, con toda solemnidad y aparato, la ceremonia de renovar en el altar de Vesta el fuego sagrado.

(1) Rómulo, el fundador de Roma, encontróse con que faltaban mujeres para los cuatro mil individuos que componían la flamante ciudad, y hubo de pedir las á los países vecinos, que se burlaron de la demanda, aconsejándole que abriera también un asilo á las mujeres.

Rómulo ocultó su resentimiento; pero en las fiestas del dios Conso, á las que concurrió una gran muchedumbre de los pueblos limítrofes, hizo que á una señal convenida los romanos se apoderasen de las jóvenes extranjeras.

El ultraje fué causa de varias guerras: los sabinos, capitaneados por su rey Tacio, ocuparon la ciudadela de Roma por la traición de Tarpeya. Al ver Rómulo que los suyos huían, ofreció erigir un templo á Júpiter Stator, y renovó el combate, que hubo de suspenderse porque las jóvenes sabinas precipitáronse entre sus padres y sus maridos. Acción conmovedora que determinó se restableciera la paz entre ambos pueblos beligerantes y que Tacio compartiese el poder con Rómulo.

No precisamente en el mes de los vientos, sino en todos los meses y á diario, cuida, oh, joven doncel, de que no se apague la llama amorosa que, siendo la más viva y violenta de las llamas, es la que más presto se amortigua si se la abandona á su solo impulso, como acaece con la de la lámpara al consumirse el aceite que la sustenta.

Apágase por múltiples causas: por exceso de confianza en creerla inextinguible; cuando la pasión es sugerida por el capricho ó la vanidad, ó si el más enajenador de los humanos afectos se manifiesta con tibieza, ñoña ó desmañadamente,

atacado de desesperadora monotonía, uniforme, sin matices, en vez de mostrarse ingenioso, vivo, lleno de variedad y alegría, ó bien, tan dulzón que empalague, pues es axiomático que «el amor nunca muere de necesidad, pero sí con frecuencia de indigestión».

Muchas veces la inoportunidad en los negocios amorosos causa su ruina, pues sabido es que el que no toma ó hace las cosas á su debido tiempo, se expone á no conseguir lo que pretende, como indica el refranero: «La que en Marzo veló, tarde acordó.»

Por exceso de precauciones en unos casos; en otros, por desconfianza, y, en algunos, por indolencia, muchos idilios que prometían perdurable ventura á sus mantenedores, concluyeron rápida, fría y tristemente, después de arrastrar una vida efímera.

Cuéntase del divino Platón que, advirtiéndole en su discípulo Zenócrates excelentes condiciones de filósofo, aunque nubladas por su rusticidad, solía repetirle: «Zenócrates, ofrece sacrificios á las Gracias.»

Si quieres conquistarte la simpatía y rendir la voluntad de la amada, preséntate con graciosa elegancia, con noble y airoso garbo, y adopta una postura apropiada; nunca jamás te ofrezcas descuidado en el aseo personal ni en la indumentaria, como les ocurre á esos desgachados que, ni en broma, se cortan el pelo ni las uñas, van con los tacones torcidos, con flecos el pantalón, grasienta la corbata, cubierto el traje de polvo y de manchas. Unos, por desidia; otros, por creer que es de seres superiores ir hechos unos adanes, la verdad es que presentan un repulsivo aspecto, y sorprende haya damisela que acepte sus relaciones. Claro es que nunca falta un roto para un descosido.

Cuida del atildamiento de tu persona y de tu traje, pero, verosíblemente, sin convertirte en esclavo de la moda, ni mucho menos exagerándola hasta el punto de descubrir una feme-



“Narciso contemplándose en la fuente”, cuadro de Juan Cossiers

nina y ridícula afectación. «La sencillez es la coquetería del buen gusto», según leí no sé dónde. Amén de esto, á la mujer le gusta que el que la corteja se manifieste tal cual es, hombre, no un alfeñicado maniquí de la moda.

De esto nace su natural repulsión hacia el que cuida demasiado de su adorno y compostura, sintiéndose asqueada con el Narciso que se precia de galán y hermoso y enamorado de sí propio, como le sucedió al auténtico, uno de los personajes legendarios que han alcanzado perdurable popularidad.

Tiresias, el famoso adivino tebano, hubo de predecir á los papás de Narciso que éste viviría mientras no se viese á sí propio. Felizmente, en la remota edad en que Narciso floreció —y nunca mejor empleado el tropo—, no se conocían los espejos, ni por el carácter y temperamento del efebo había temor de que llegara á verse retratado en las pupilas encendidas en amor de ninguna mujer.

Tan prodigiosa era la hermosura del mancebo, que nereidas, driades, hamadriades, napeas, oréades, todas las ninfas, en fin, suspiraban lánguidamente al verle, intentando rendirle con sus encantos. Pero, ¡ay!, el mozo era un marmolillo; ni los suspiros, miradas y demostraciones harlo significativas de aquellas deidades que imperaban en ríos, fuentes, bosques, florestas, prados y montañas, hicieron que se conmoviera ni prendiese la llama amorosa en su corazón, que debía de ser de piedra ó bronce.

Una de las ninfas, llamada Eco, á quien la soberbia y vengativa Juno hubo de condenar á que no repitiera más que la última palabra de lo que se la preguntaba, por ser suelta de lengua, y, particularmente, según se chismorreaba en el Olimpo, por haber contado agradables historias á la esposa de Júpiter, á fin de entretenerla y de que no se enterara de las aventuras que éste corría con sus ninfas, Eco, decimos, que habitaba con las nereidas, hubo de prendarse locamente del hermoso Narciso.

Como era de esperar en un jovencito tan majadero y pagado de su persona, tuvo el mal gusto y la avilantez de dar á la cuitada deidad un no rotundo y displicente, como si dijéramos, unas calabazas estupendas.

Llena de mortal pesadumbre la infeliz Eco, fué á ocultar su rabia y su vergüenza á los antros solitarios; la pena y el despecho hubieron de consumirla, debilitóse su cuerpo, se evaporó su sangre y quedáronle únicamente la voz y los huesos, que tomaron la forma de un peñasco.

Cuenta Ovidio en *Las metamorfosis*, que desde el ignorado y profundo paraje en que la infeliz Eco se halla, nadie la ve, pero de todos es oída, por haberle quedado sólo viva la voz.

Sin duda, Venus y su niño, el vendado rapaz, furiosos con la insensibilidad y tontería del doncel, hubieron de intervenir para que se cumpliera el fatal pronóstico del adivino Tiresias; el caso es que cierto día, al volver Narciso de caza, se miró por casualidad en una fuente, y al verse tan guapo, mucho más de lo que él imaginaba ser, enamoróse de sí mismo, de tal forma, que se consumió de tristeza y fué convertido en la flor que lleva su nombre.

Conocidos los lamentables excesos á que puede conducir el enamorarse de sí propio, sigamos adelante.

Muéstrate siempre natural; sé sincero en tus palabras y en tus actos, y te conquistarás el aprecio universal. Toda afectación es antipática porque descubre la insinceridad. Hay quien supone que componiendo el rostro con una sempiterna



«El rey de los sabinos rehusa la petición de los romanos».—(Tapiz de la Real Casa)

sonrisa, hablar melosamente, extremar las cortesías, decir unas cuantas frases agradables de re-lumbrón y prodigar elogios exagerados, cautiva al prójimo, sin percartarse de que, al contrario, le indigesta y desazona.

La causa de que la inmensa mayoría de los enamorados sean ridículos, según observa Champfort, es precisamente porque el hombre enamorado es un hombre que quiere ser más amable de lo que es posible.

Aunque fuerais un Antínoo, que es el arquetipo de la belleza masculina, tuvieseis el talento y la sabiduría de Salomón y las riquezas de Crésos, si sois de natural tímido, sois hombre al agua; las mujeres reconocerán todas vuestras bellas cualidades, pero dirán, compadeciéndoos: «¡Lástima de Fulanito que sea tan corto!»

Dominad vuestra timidez, que os dará apariencia de pobre diablo; los pusilánimes y los encogidos hacen siempre mal papel en la comedia del mundo, y el tonto en el sainete amoroso.

Si os sentís posmas y machacones, tampoco os captaréis las simpatías del bello sexo; bien está que seáis pacienzudos en cierta medida; es preciso serlo, porque el oficio de enamorado es el aguantar y esperar siempre. Si os ataca la impaciencia, recordad la anécdota de aquel amante ingenio que, esperando á su Fulanita á las cuatro, adelantó el reloj una hora para hacerla llegar más pronto.

No acusa espíritu varonil quien concede importancia excesiva á todo cuanto se relaciona con su amada, haciéndola más preguntas que el Fleury: «¿Por qué te ríes?» «¿Por qué estás seria?» «¿Qué te ha dicho tu tía?» «¿Con quién habla-

bas?» «¿A qué ha venido Fulano?» «¿A quién saludas?» «¿Por qué te pones ese vestido?» Un machaqueo insoportable.

Por regla general son unos comineros recelosos y quisquillas, que en todo se meten, de todo se escaman y con todo se creen agraviados. ¡Compadecámoslos!

Hay otros amadores, de los que no alabaré la copia, y son aquellos que tienen almacenado en el polvoriento desván de su mollera hasta media docena de trivialidades que se les antojan de una originalidad sorprendente, y se pasan el día repitiéndoselo á la novia, vengan ó no á cuento, con la abrumadora pesadez de un disco de gramófono que girase, sin interrupción, horas y horas.

En público guardate, oh, caro Adonis, de imitar á esos novios acaramelados que se arriman tanto á la novia que materialmente parecen estar pegados á ella, que la hablan al oído, que la cogen del brazo, que la miran igual que los hambrientos pueden mirar un plato de jamón en dulce. Sobre ser ridículo y vergonzoso comportarse de tal modo, origina, á costa de la pareja excesivamente amartelada, comentarios nada piadosos del prójimo, y, según el humor y la educación de éste, indirectas á lo pa-

dre Cobos, advertencias zumbonas é irónicas ó acres censuras, á las que os calláis, que es lo más prudente, ó protestáis arriesgándoos á dar un espectáculo deplorable.

Lo discreto es que guardéis cierta parsimonia cuando acompañéis á vuestra dama.

Estos amorosos, que no pueden refrenar su anhelo pasional, y todos cuántos aman sinceramente, aun produciéndose con el mayor recato, deben abreviar el noviazgo, que siempre es enfadoso y molesto, por muy placentero que se ofrezca, á deudos y protagonistas.

Unas relaciones largas entibian, cuando no matan, la ilusión amorosa.

¡Casaos pronto!
No os detengáis á pesar el pro y el contra, ni los riesgos que podáis correr al embarcaros en la imponente nave de Himeneo. ¿Qué sabe el que se embarca si será buena ó mala la travesía, tranquila ó azarosa, feliz ó trágica, si pondrá satisfecho el pie en tierra ó se hundirá para siempre en la salobre región de Neptuno?...

Sobre todo, aprovechad los risueños días de la juventud para realizar este acto trascendental; no lo dejéis para los melancólicos del otoño, tan lejanos de la alegre primavera, tan próximos al trístón invierno.

En la juventud el amor es un encanto, y en la vejez una extravagancia, cuando no una cosa peor.

No se escribe este calendario para viejos; en el ocaso de la vida más han de preocupar los divinos amores que los deleznable de la tierra; un viejo enamorado es un ente despreciable y grotesco que deshonra sus canas haciendo de payaso en el tablado de Cupido.

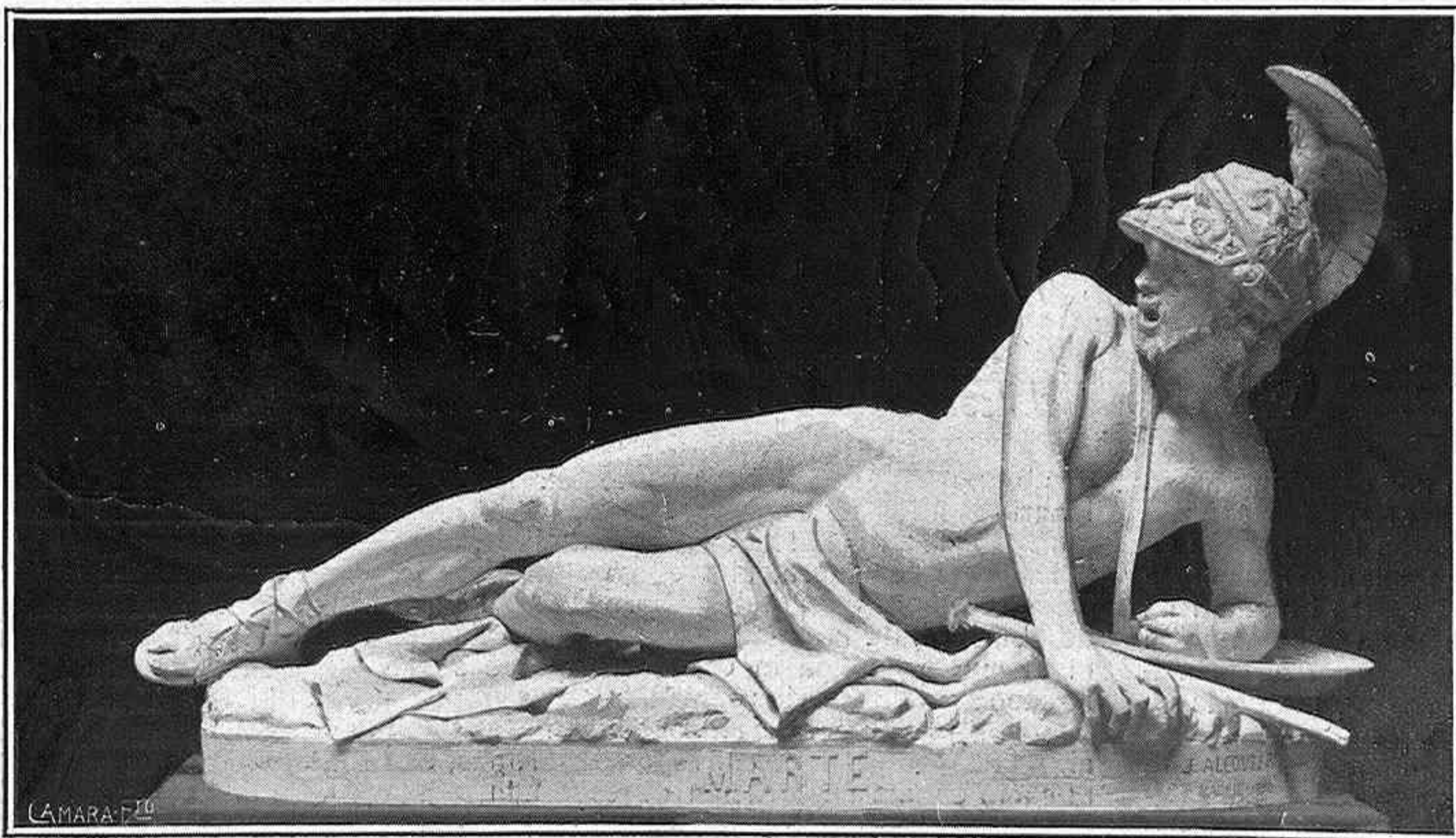
Para los espectadores es causa de risa y menosprecio.

A los viejos que se casan con jóvenes puede aplicárseles la copla de Javier de Burgos:

«Un viejo con una niña ó una vieja con un pollo no es unión ni casamiento ni boda ni matrimonio.»

Es arrancar del rosal una rosa en toda su fragancia para enterrarla entre nieve.

Punto final: en este mes, y siempre, encomiéndate, lector, al Santo Angel de la Guarda para que te guíe en tus amorosos empeños y halles en el amor lo que todos en él desean encontrar: la suprema felicidad.



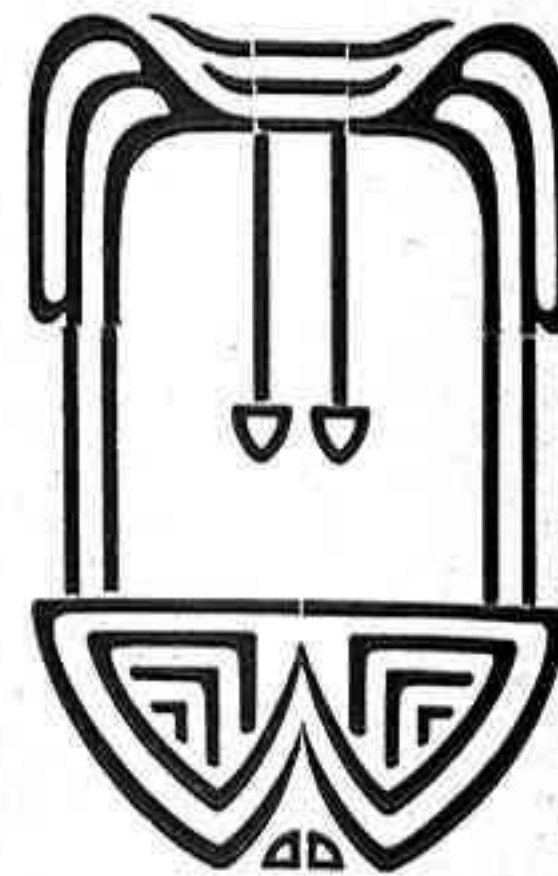
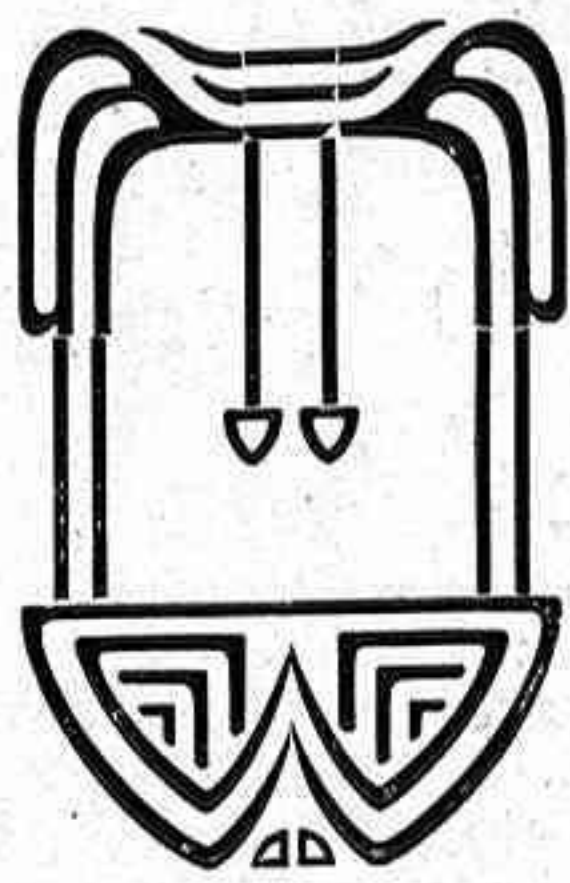
«El dios Marte», escultura de Alcoberro

FOTS. LACOSTE

Alejandro LARRUBIERA

INTERPRETACIONES

LA HIJA DE YORIO



José Zamora
1919

La llama es bella!
¡La llama es bella!

He aquí el raro y magnífico comentario de una vida que se abrasa en la hoguera, de una vida que fué como una llama que osciló, enroscóse en sí misma, pareció apagarse y surgió luego magnífica y luminosa en la noche oscura de las almas milenarias que viven entre los cantiles de la tierra de Abruzos.

Toda la existencia de Mila de Cobra fué un fulgor apasionado, un fuego fervoroso lleno de bárbara emoción. Como las heroínas antiguas, el amor, el dolor y la muerte, anidaron en la primavera de su vida, y fué fatal y trágica, insensible y apasionada.

Mientras, las mujeres de nuestros modernos dramas, que tan vacuas y conceptuosas van analizando pedantescamente las emociones que no sienten, caen rápidamente en el olvido y apenas si dejan en nosotros el vago y anodino recuerdo de la dama á quien conocimos en el tren, en el *hall* del hotel de moda ó en el *dining-room* del trasatlántico. *Ellas*, las de las viejas tragedias clásicas—Yocasta, Ifigenia, Casandra, Medea—, las que caminaban descalzas por el sendero de espinas llevando una espada desnuda en la mano; las que inmortalizaron Sófocles, Esquilo, Eurípides, esas subsisten imborrables en nuestro recuerdo. Y es que mientras las creaciones de nuestro moderno teatro inventan un conflicto que no existe más que en su concepción artificiosa de la vida y se complacen en desmenuzarlo y darle apariencias reales, las otras viven las eternas tragedias que, como tempestades, agitan el mar del humano espíritu.

Gabriel D'Annunzio, el mago poeta, ha sabido, en su drama, evocar una de esas vidas sintetizadoras de una gran pasión, y por eso, Mila, la hija de Yorio, el brujo, vivirá junto á las hembras que anunciaron la ruina de las ciuda-

des ó que erraron por los caminos sirviendo de lazarillos á los reyes ciegos.

¡La llama es bella! ¡La llama es bella!
En Mila de Cobra, el fuego es un símbolo. Toda ella es llama que deslumbra y abrasa. Desde el umbral de la puerta de la casa nupcial, en el momento en que la Cinerela esparce sobre la cabeza de los novios el puñado de grano; desde que, jadeante, ensangrentada, flotando al aire la cabellera y desgarradas las ropas, cae al suelo en una imploración desesperada, parece que un viento seco y ardiente sopla, agostando las puras flores!

«¡Gentes del Señor, salvadme! ¡Atracad la puerta! ¡Poned las barras! ¡Son muchos, muchos,

y todos con hoces! ¡Están locos, locos de sol, de vino, de odio y de malos deseos!...»

Y es entonces una sorda pavora, un obscuro presentimiento, un escalofrío de angustia y también la pasión que se enciende súbitamente en el pecho de Aligio.

Desde aquel momento, Mila de Cobra vive su vida fatal, hiere y mata inconsciente, llevada por algo más fuerte que su voluntad, por algo más fuerte que todas las fuerzas humanas. Su historia es pareja de las historias remotas, en que el Destino era tal una deidad implacable que regía la suerte de los hombres, pareja de aquellas historias tan tremendas y espantables, que nos hacen olvidar las leyes de moral y los convencionalismos humanos, para no pensar sino en el espanto de las existencias señaladas por un abominable *ananke*.

Mila de Cobra, la hija del brujo Yorio, sigue su camino como el rayo, como el agua y como la víbora. Nada ni nadie la detiene; en su alma existe una rudimentaria moral, una, confusa en la expresión, pero clara en el fondo, noción del bien y del mal.

Ella sabe lo que es el amor, el su-

frimiento y el sacrificio. Y en la hora espantosa de la expiación; cuando ve vacilar al amado; cuando siente en él la mentira y la apostasía, no pronuncia un largo discurso de heroína de drama moderno, no se subleva ni expone un sistema filosófico, sino que, ante los gritos del pueblo que clama: «¡Al fuego, al fuego la hija de Yorio! ¡La hija de Yorio y del ángel apostático al fuego! ¡Al infierno! ¡A la hoguera!», sonríe y murmura con una extraña violencia de redención: «¡La llama es bella! ¡La llama es bella!»

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ZAMORA

CARNIVAL

PENAGOS
XIX

En noche de Carnaval,
entre el ritmo de un galop,
paseando mis tristezas
á lo largo del salón,
me encontré una mascarita
que un instante me miró
con los negros ojos tristes
de mi hermanita menor.

“Mascarita—yo la dije—
por tu amor muriera yo,
por tu amor padecería
la delicia y el dolor,
el placer y la tortura,
desencanto é ilusión;
si no fuera que tus ojos,
que, tan negros, tristes son,
me recuerdan fijamente,
con punzante evocación,
á los tristes ojos negros
de mi hermanita menor.”

Bajo el antifaz de raso,
tenue velo de ilusión,
una boca sonreía
como rosa de pasión,
una boca breve, roja,
dulce nido del amor,

con los dientes marfileños
y los labios de un palor
cual de virgen que aun espera
la llegada del amor
que la encienda con un beso
como en un rayo de sol.
Y su boca, era la boca
de mi hermanita menor.

Delgadita de cintura,
morenita de color,
negros ojos, rojos labios,
paso breve, dulce voz,
los cabellos como el ébano
sobre el lindo caracol
de dos menudas orejas
de rosada carnación,
y la luz dorada, mate,
como un bronce bajo el sol...
¡El retrato verdadero
de mi hermanita menor!...

La llevé hacia el ambigú,
mis ofertas rechazó
y no quiso descubrirse
ni mostrar más que el rojor
de sus labios, y la lumbre
de sus ojos de pasión,

¡esos tristes ojos negros
de mi hermanita menor!...

Pastorcitas de los Alpes,
marquesitas de Wateau,
caballeros de Castilla
y lunáticos Pierrots
se agolpaban en las mesas,
se besaban sin pudor,
elevaban anchas copas
de Champaña de Clicquot
y brindaban anhelando
las riquezas y el amor.
Y entre aquella algarabía,
que me dada desazón,
¡vi brillar los negros ojos
de mi hermanita menor!

Al salir, de madrugada,
cuando el cielo ya un palor
auroral aurirrosaba,
acercándome á un simón
invité á subir al coche
al rosado dominó.
Con galante negativa
mis ofertas rechazó,
y entre el tráfago de gente
que salía del salón,

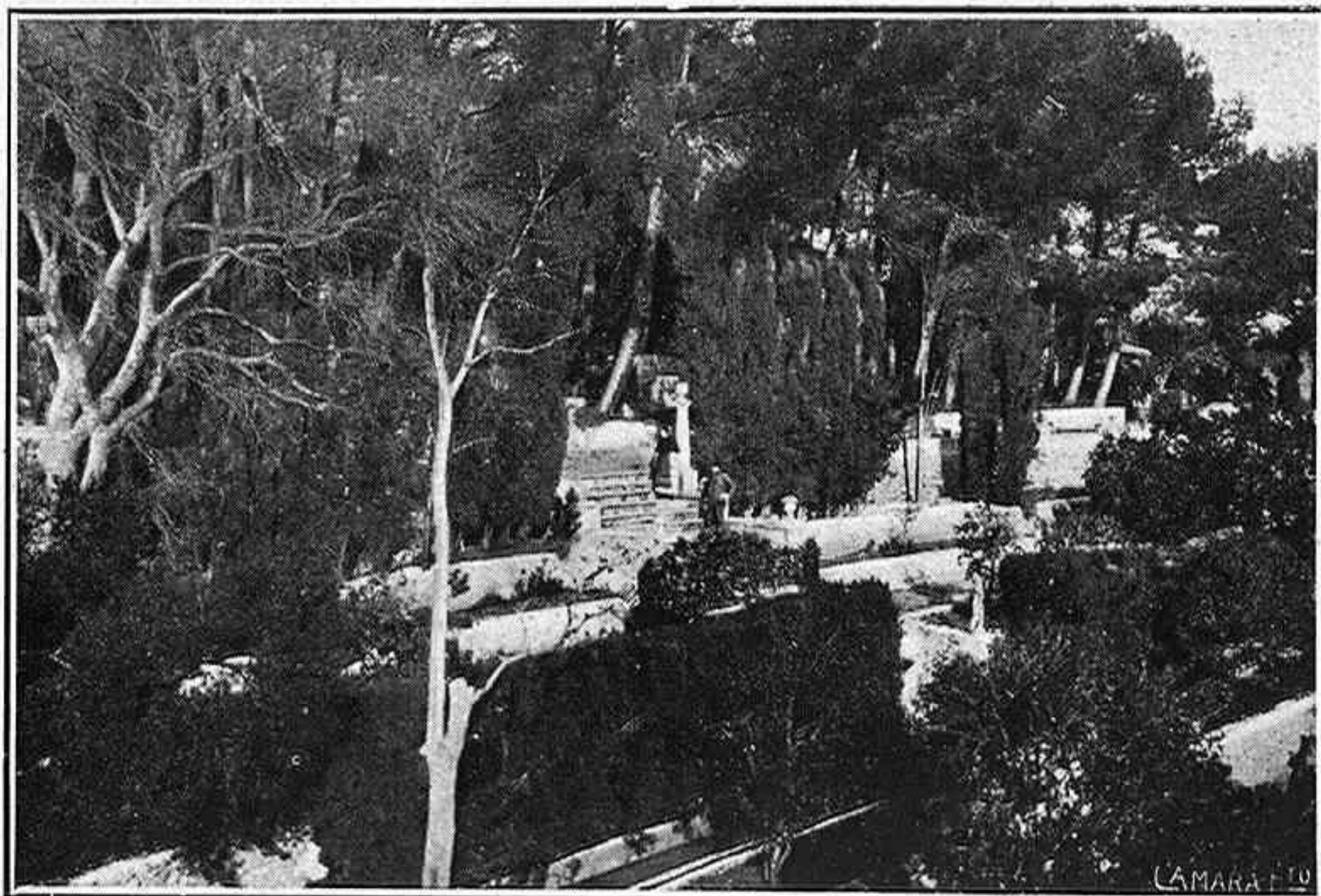
sin decirme adiós siquiera,
cautelosa se perdió...

El cochero me condujo,
lentamente, mansurrón,
por las calles ya bañadas
de un dulcísimo claror.
Y sonaban las campanas
de una iglesia á la oración,
removiéndome allá en mi alma
este fondo de dolor,
que es el triste sedimento
que en la vida me quedó
de una infancia de clausura
en la vieja población.
Me detuve ante la iglesia,
me postré con devoción,
y allí vi, bajo la lámpara
triste del altar mayor,
con su negro traje austero
y su gesto soñador,
de rodillas y rezando,
á mi hermanita menor...

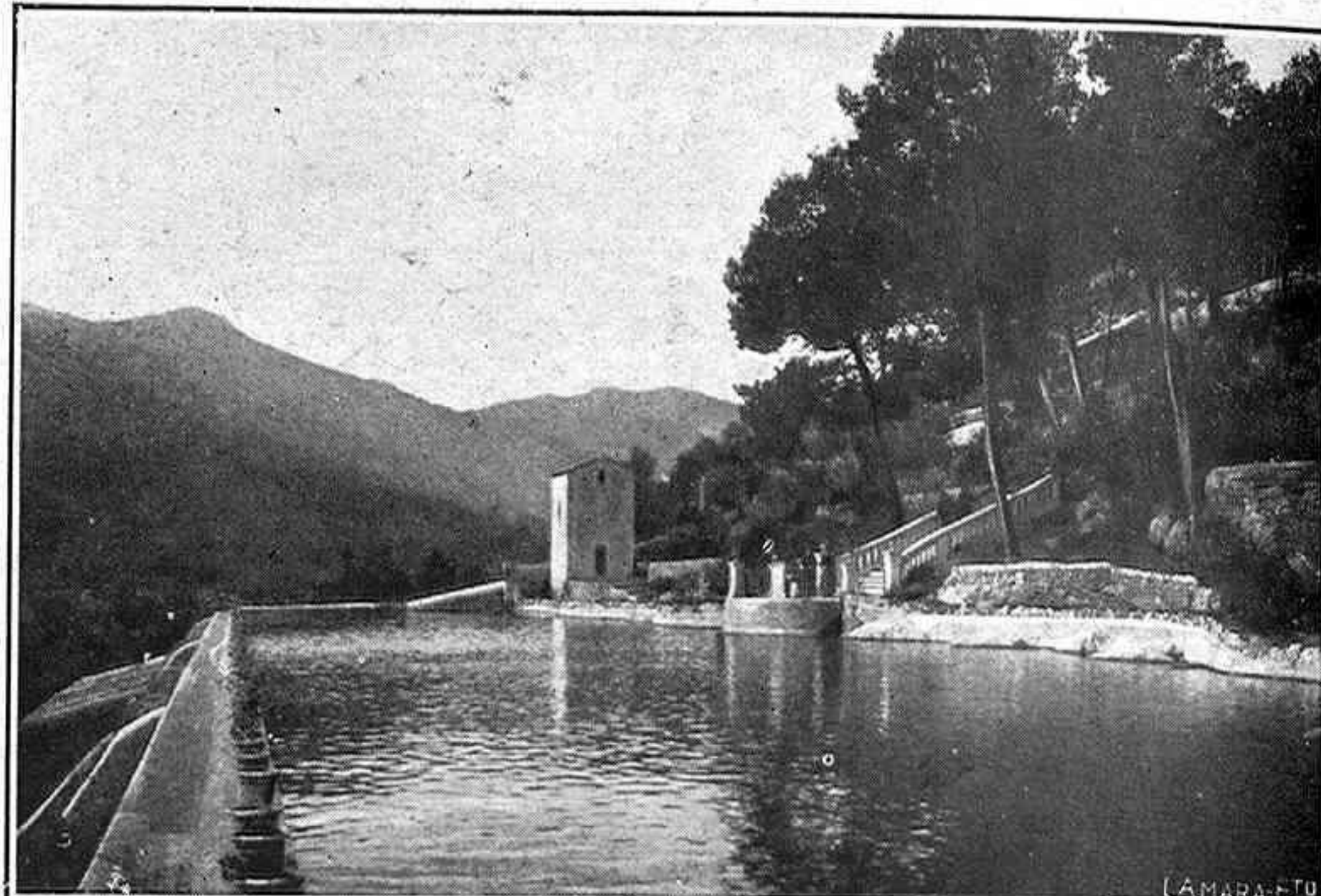
Andrés GONZÁLEZ-BLANCO
Madrid, Carnaval de 1919.

DIBUJO DE PENAGOS

POSESIONES MALLORQUINAS LA QUINTA DE "LA RAXA"



Un bello paisaje



El lago de la quinta

EN la carretera de Palma a Sóller, a quince kilómetros de la capital, se encuentra la espléndida finca de Raxa, finca de recreo y museo donde se guardan numerosos objetos artísticos de gran valor. La Naturaleza se muestra allí generosa y pródiga, haciendo de Raxa un lugar grato a los sentidos y al espíritu. Viajeros y artistas que hayan visitado la magnífica posesión, no olvidarán fácilmente la grata impresión que les produjo la amenidad del sitio, la variedad de los paisajes, la frondosa vegetación, los cuidados jardines, embellecidos y sombreados por vides, árboles frutales y de adorno, entre los cuales destaca el césped sus vivos tonos verdes.

El interior de la finca es un valioso monumento consagrado al arte. Un ilustre varón de la familia Despuig, su poseedora, invirtió buena parte de su talento, de su actividad y de su fortuna en formar este museo, digno de un prócer y de un artista. Débese esta grande obra a D. Antonio Despuig y Dameto, que ocupó la silla episcopal de Orihuela hacia el 1791, y fue,

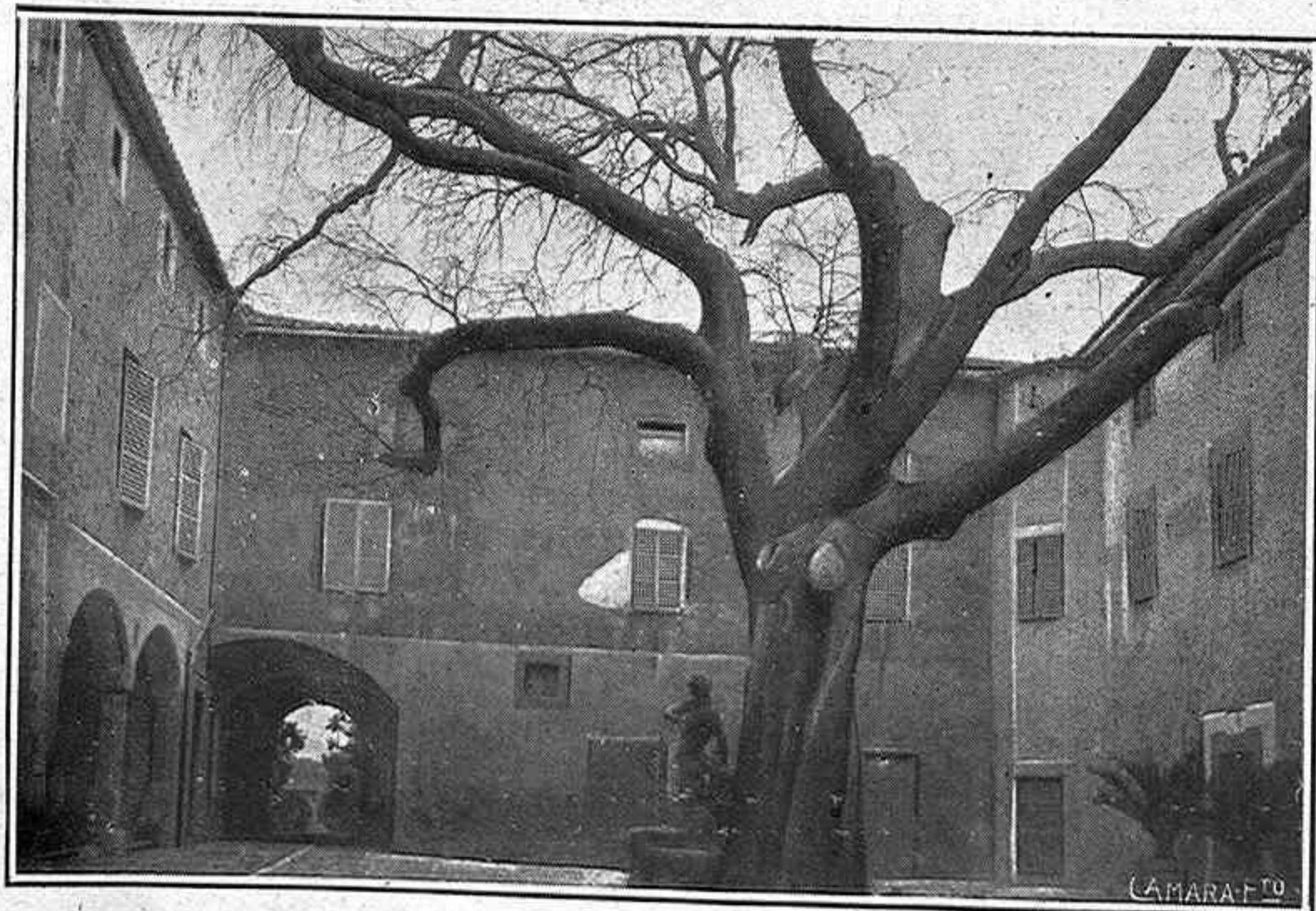
más tarde, arzobispo de Toledo y de Sevilla; acompañó luego en el destierro a Pío VI, que le nombró patriarca de Antioquía, y luego fué promovido al cardenalato por Pío VII. Otras personas de su familia heredaron, con su nobleza, el amor a las artes, y continuaron su labor de coleccionista inteligente, aumentando el tesoro de Raxa.

Numerosísimas lápidas, en caracteres griegos ó romanos, cubren las paredes del vestíbulo. Desde él se pasa a la sala museo. En ésta, sobre preciosos pedestales de jaspe, ó sobre ménsulas de mármol, se yerguen estatuas, bustos, testas y bajorrelieves. En otra sala inmediata se conservan idolillos de bronce, medallones, amuletos, lámparas, fragmentos de armaduras, lucernas y urnas de barro, vasos etruscos, etc. Preside a estas obras y recuerdos

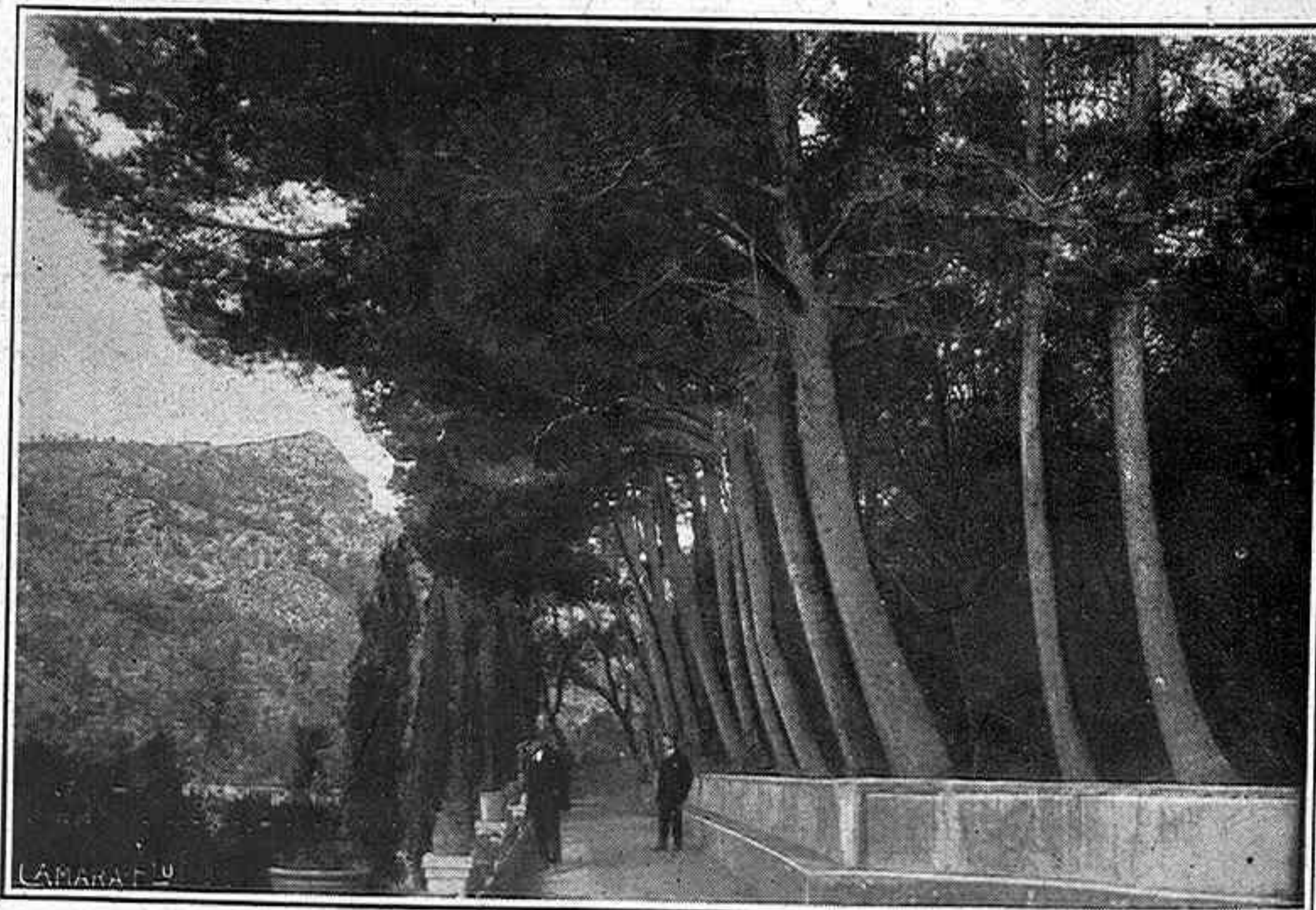
artísticos una agradable variedad, y en ellas puede verse la huella de diferentes civilizaciones. La lista de estas obras es larguísima, y no cabe en el corto espacio de que disponemos en estas páginas; pero, para que



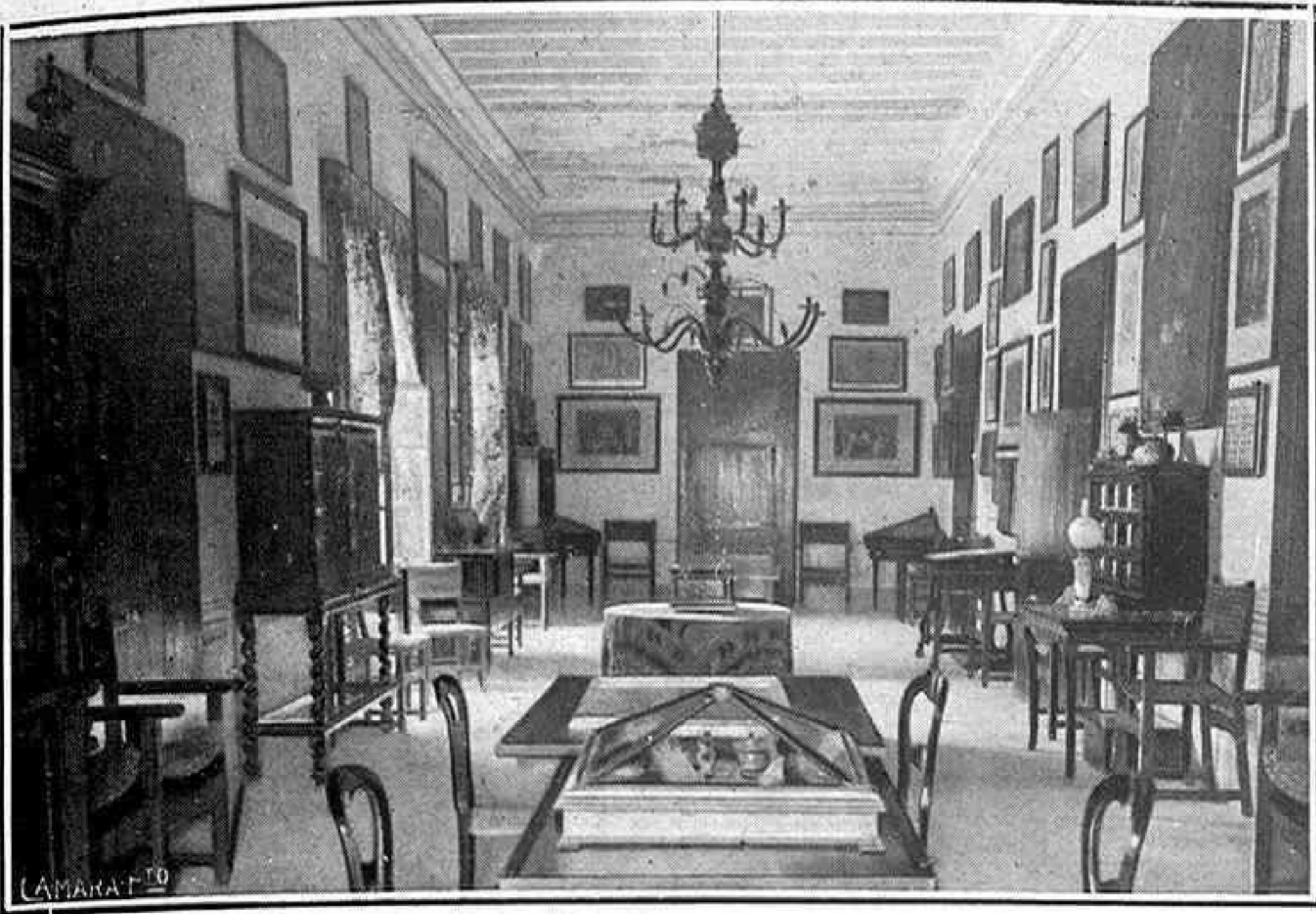
Un detalle de los jardines



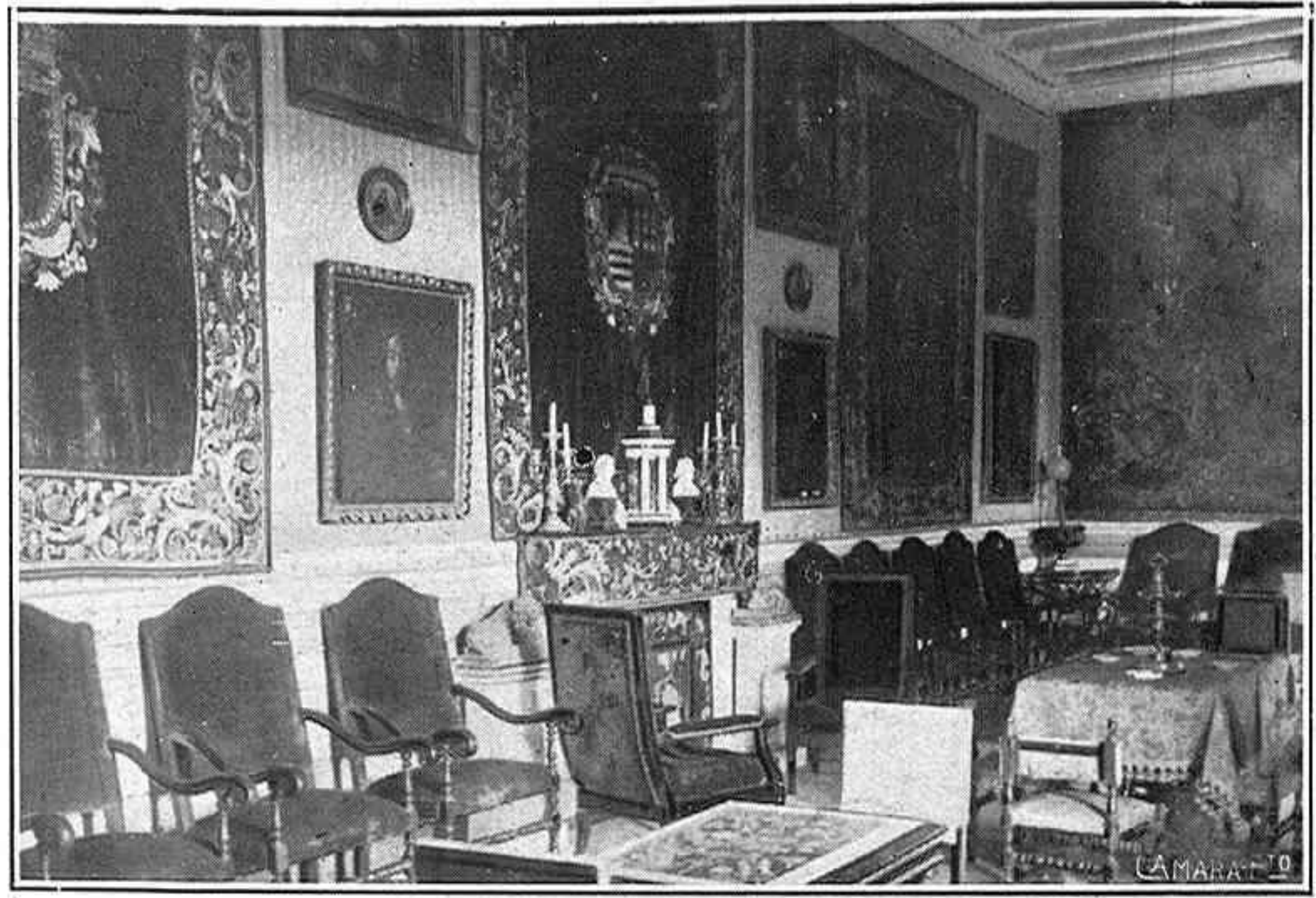
Patio central



Un paseo del jardín



Salón de antigüedades



Detalle del gran salón

el lector se dé cuenta de la importancia y del valor del museo Raxa, diremos que hay en él esculturas de remota antigüedad, entre ellas las que representan á Júpiter, al emperador Adriano, á Julio César, Alcibiades, Agripina, Sileno, todas ellas de buen estilo.

Los actuales poseedores del museo conservan también numerosísimas pinturas, atribuidas muchas de ellas al Españolito, á Van-Dick, Andrea del Sarto, Miguel Angel, Juan de Juanes, Zurbarán y Rafael. Entre los lienzos más curiosos figura un retrato de Van-Dick, ejecutado por él mismo, y de carácter tan español, que al verlo se recuerdan los galanes de las comedias de Alarcón y Moreto. También figuran dos bellas tablas góticas, pintadas al óleo por Jerónimo Bosch. Parecen inspiradas en *La Divina Come-*

dia, el inmortal poema del Dante, y es una obra, á la vez, mística y fantástica, que merece ser contemplada atentamente y estudiada despacio. A la conservación del museo de Raxa, á su restauración y á su ampliación, como á las de la casa de la misma familia en Palma, donde hay obras valiosísimas, contribuyó siempre D. Ramón Despuig, conde de Montenegro, entendido y entusiasta continuador de las iniciativas del cardenal Despuig y Dameto, su ilustre antepasado. No se trata, además, de un museo cerrado á los estudiosos y á los artistas. Por tradición plausible en la familia, los de Despuig, con generosa hospitalidad y con elevado espíritu, ajenos enteramente al egoísta placer de contemplar solos la riqueza amontonada, abren las puertas de la hermosa finca á cuantos llaman á ellas,

peregrinos de la Historia y del Arte. Por la Raxa han pasado muchos pintores, escultores, críticos y genealogistas que, al mismo tiempo de gozar de los encantos de la Naturaleza en los espléndidos jardines, han saturado el espíritu en deliciosas emociones y han podido recoger en su cartera notas y apuntes de mucha utilidad.

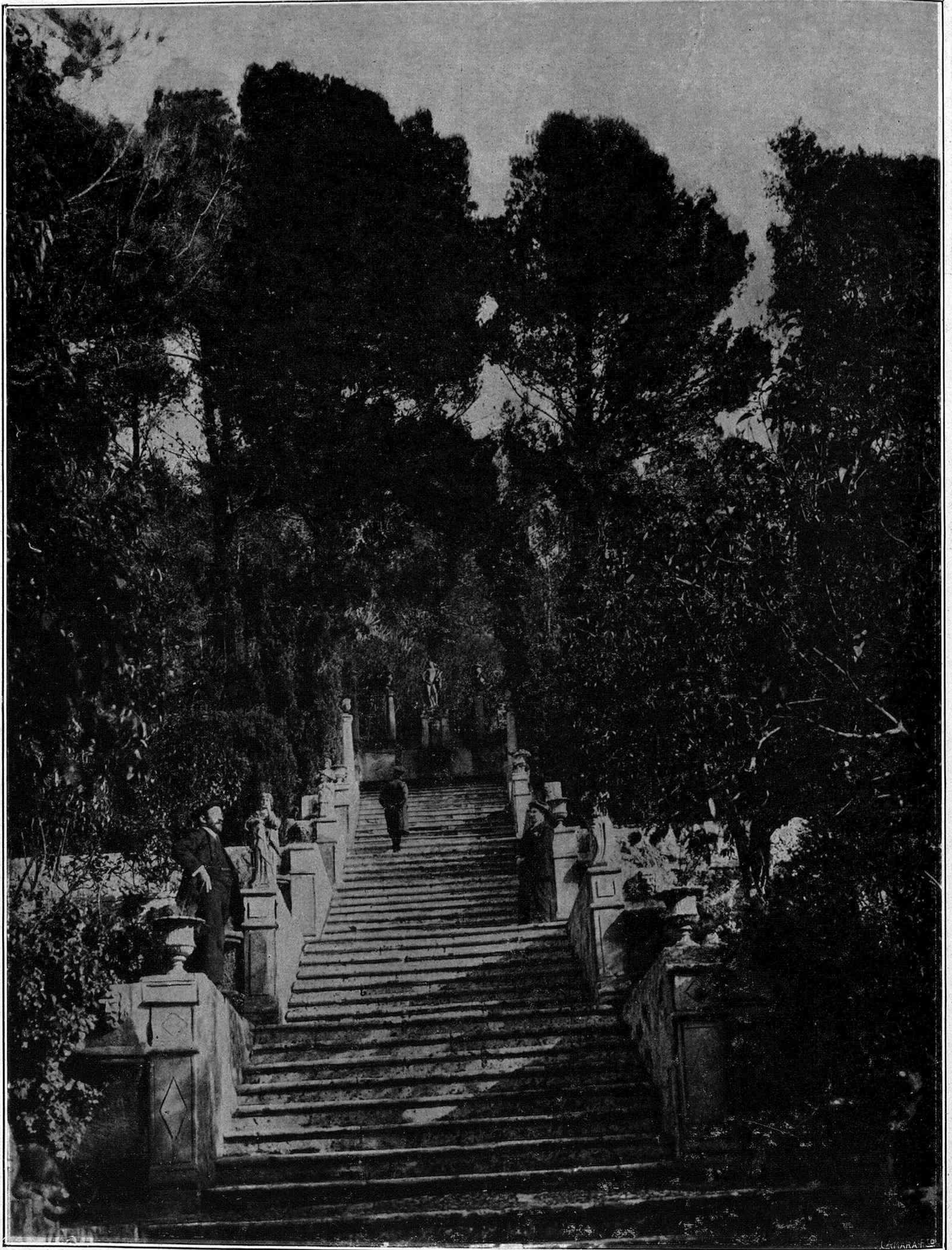
Tampoco se trata de una colección formada solamente á fuerza de oro. Para conseguirla han sido necesarias difíciles excavaciones que precisaron una dirección nada vulgar para que volvieran á la luz muchos restos de las pasadas épocas. También fueron precisos inteligentes artifices que se encargaran, en muchas ocasiones, de la restauración. Todo lo hizo el cardenal Despuig y Dameto, uniendo así á su virtud de purpurado su nobleza de artista.



Salón de estatuas, objetos de arte y antigüedades

FOTS. OBRADORS

POSESIONES MALLORQUINAS



Escalera de honor de los bellos jardines de "La Raxa", magnífica posesión de Palma de Mallorca

FOT. OBRADORS

ARTISTAS ESPAÑOLES



GASPAR CASSADÓ

EN la salita de música del Círculo de Bellas Artes, por la que desfilan los instrumentistas españoles más notables, oíamos admirados hace unas noches al genial violoncellista Cassadó, que, acompañado por otro eminente artista, por Ricardo Viñes, el propagandista de nuestra música de piano, interpretaban con supremo arte sonatas de Beethoven, Franck y obras de Bach, Haydn y Saint-Saëns.

Aprovechando la ocasión que tan agradables momentos me proporcionaba esta inesperada audición, Cassadó, con su ingenuidad infantil y con la brevedad del poco tiempo de que disponíamos, tuvo la amabilidad de darme algunos datos biográficos de su vida artística, tan corta como sus pocos años, pero brillantísima ya por muchos conceptos.

La cualidad saliente del temperamento vehementemente de Cassadó, todo sencillez y simpatía, es la modestia, una modestia natural, sin *pose* (y sin melena), pues él cree sinceramente que no merece los elogios de que la crítica y el público le ha prodigado sin tasa, nunca con más justicia, pues le parecen exageradas las ovaciones que el auditorio de Price le tributó en el concierto de presentación al gran público madrileño con la Orquesta Filarmónica, uno de los más interesantes de la última serie que, bajo el patronato del Círculo de Bellas Artes, viene celebrando con singular fortuna hace unos años.

Nació Cassadó en Barcelona, comenzando el solfeo á los cuatro años bajo la dirección de su padre, el maestro compositor Joaquín Cassadó, director entonces del Conservatorio de Nuestra Señora de las Mercedes, siendo niño de coro de la escolanía de la misma iglesia, donde estudió el violoncello con el maestro March, profesor del citado Centro. Cassadó me dice, con su aire peculiar juvenil y apasionado (cuyo semblante tiene tan gran parecido al de Mendelssohn), que cuando oía los conciertos de orquesta que dirigía su padre, se colocaba siempre al lado de los violoncellos y de los timbales; y al preguntarle su padre qué instrumento le gustaba más, él le contestaba que el violoncello ó los timbales, pues le llamaban la atención de un modo extraordinario las llaves del instrumento de percusión.

A los siete años los *reyes magos*, previsores, le regalaron un violoncello, en cuyo instrumento comenzó á estudiar con una afición desusada en un niño de tan corta edad. Tal era su afición, que ni de comer se acordaba, teniendo sus padres que llamarle con insistencia.

Cassadó tuvo un hermano, violinista notable, que murió muy joven, y todo su empeño era el de sobrepasarle en sus estudios. Con él y con su padre tocaban tríos, contribuyendo estas sesiones de música de cámara á enriquecer su cultura musical.

A los nueve años hizo su primera presentación en público, tocando en el Teatro de Novedades, de Barcelona, con su hermano, obteniendo el primer éxito de su carrera de concertista de primera fila.

Su padre, y especialmente su madre, son los que más le han alentado, los que le han hecho trabajar en serio y á los que debe todo lo que es. Hubieran podido explotarle en calidad de niño prodigio (La Rosa les propuso por esta época una halagadora *tournee* por América con su hermano, que ellos, muy cuerdamente, rehusaron); pero prefirieron esperar, y cuando Cassadó cumplió los nueve años se trasladaron á París, donde, bajo la dirección de Casals, perfeccionó sus estudios, contribuyendo los consejos y enseñanzas del más grande artista contemporáneo, á formar definitivamente al que ha llegado á ser ya un artista completamente formado. La primera vez que tocó en París fué en casa de Viñes, en la que, con su malogrado hermano y el simpático pianista, se dió á conocer á un núcleo de aficionados inteligentes.

Cassadó ha tocado después en algunas poblaciones de Suiza y de Francia; en las Sociedades filarmónicas más importantes de España, recientemente con Viñes; en el Gran Casino, de San Sebastián; en Palacio; con la Orquesta Sinfónica de Barcelona; con la Filarmónica de Madrid, últimamente, y en el palacio de la Infanta Isabel, siempre tan afable y bondadosa con los músicos españoles.

A Cassadó le gustan los compositores modernos, sin olvidar á los clásicos, para los que tiene el respeto de todo artista consciente, sintien-

do una especial predilección en tocar obras modernas, en dar á conocer obras nuevas, y mejor si éstas son de autores españoles.

Cassadó tiene una memoria prodigiosa, como lo demostró hace poco en Barcelona, aprendiéndose en cuatro días el *Concierto*, para violoncello y orquesta, de Morera (otro insigne músico catalán), que tocó con la Sinfónica de Barcelona, que dirige Lamote de Grignon.

Al artista catalán (que hará las oposiciones á la cátedra de violoncello vacante en el Conservatorio, donde hace falta gente joven é inteligentes profesores, pues este importante Centro de cultura musical no debe de ser, como algunos en su ignorancia creen, una casa de beneficencia ni menos un hospital de inválidos) no le satisface solamente ser un gran violoncellista, pues dice que el dedicarse á un instrumento es limitar las facultades artísticas, como si el llegar á alcanzar la perfección en un instrumento, que á tan pocos artistas es dado, fuera poca cosa, y piensa dedicarse también á la composición.

El arte de Cassadó (todo emoción y encanto, particularmente en los tiempos lentos y expresivos, que son su especialidad); que imprime á las melodías que interpreta con singular perfección técnica, se distingue por la dulzura y el vigor de su arco, según los casos: sonoridad cálida, un vibrato de buen gusto, ejecución elegante, fácil y segura, todo se lo encuentra hecho. Es, además, buen músico y excelente lector, que no todos los instrumentistas lo son, y tiene un sentido del ritmo y del matiz, tan claro y artístico, que pocos artistas de su edad le superarán en cualidades instintivas y en temperamento musical.

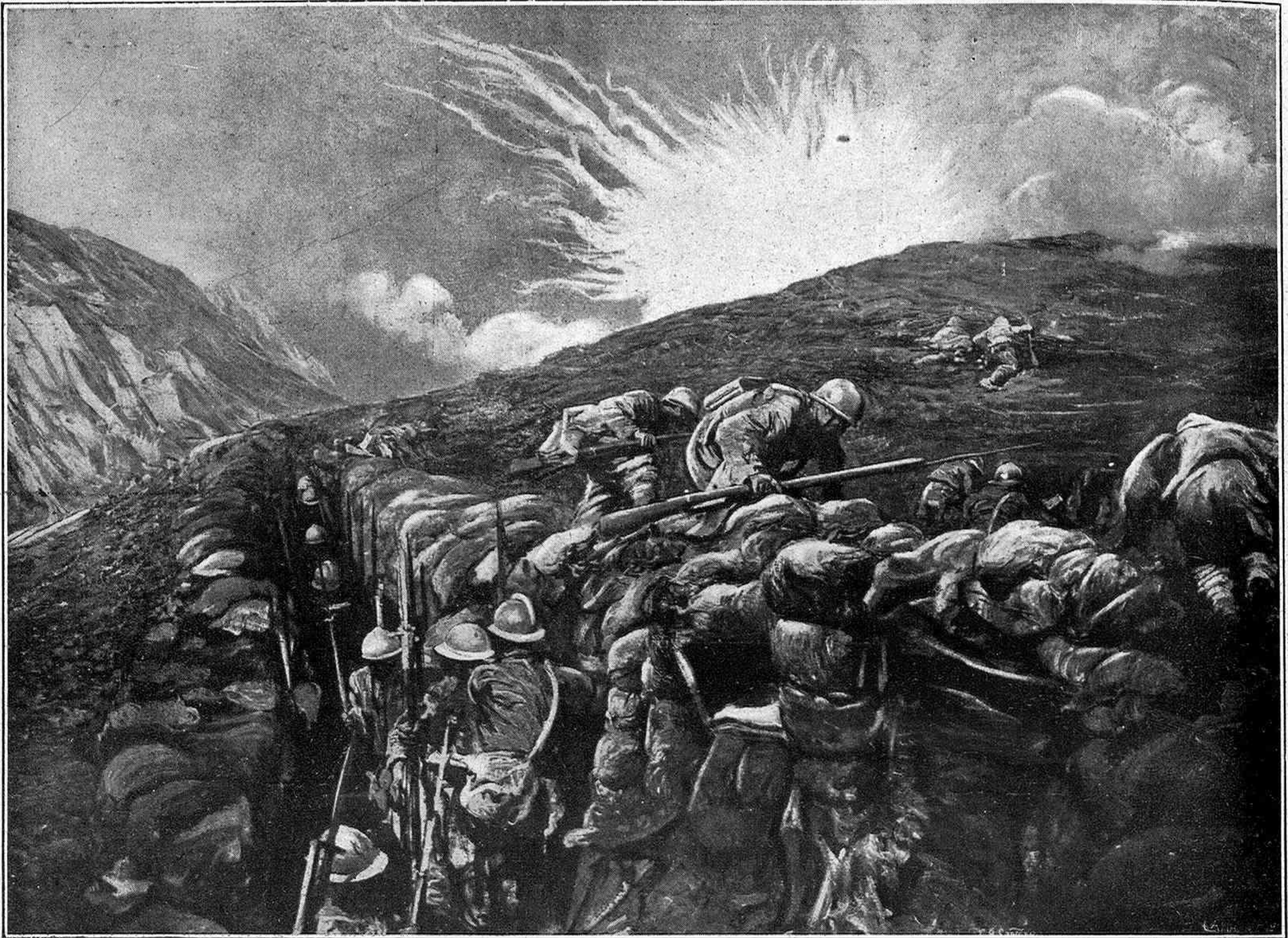
Cassadó (que ha sido condecorado por el Gobierno de la República francesa) no se preocupa del dinero, como artista de corazón que es; siempre le encontraremos dispuesto á obsequiarnos con los primores de su arte, que prodiga sin regateos á todo el que quiere oírle.

El eminente artista español forma parte de ese inagotable filón de músicos catalanes que honran al país en que nacieron, paseando triunfalmente su nombre por el mundo.

ROGELIO VILLAR

UN PINTOR ITALIANO EN ESPAÑA

LA GUERRA QUE HA VISTO SARTORIO



"Tropas de Infantería saliendo de la trinchera de Santa Catalina"

La Exposición organizada por la *Italo-Hispánica* que dirige el ilustre periodista romano conde Amadeo Ponzzone y ofrecida al público desde un salón recién habilitado para este simpático objeto en el Teatro Real, ha dado á conocer á los españoles un aspecto de la personalidad artística de Julio Aristides Sartorio.

No el mejor, ciertamente; pero sí el más actual, el último por ahora donde el artista italiano mostraba parejas su imaginación y maestría técnica.

Era una colección de treinta y siete cuadros y de sesenta y seis apuntes ó bocetos, reproduciendo todos y cada uno de ellos escenas y lugares del frente de guerra italiano. Para no dejar del todo ignorado otro aspecto importantísimo—acaso el más importante—de Sartorio, el de pintor decorador, se exponían fotografías de sus frisos del Salon de sesiones del Parlamento. Ellas y la nota biográfico-crítica del Catálogo—hecha diestramente sobre el fascículo I de la serie *Artisti Contemporanei*, publicada el año 1909 en Roma por el editor Walter Modes, con un prefacio de Antonio Muñoz—suplían la carencia representativa de los cuadros expuestos en el Teatro Real.

Aristides Sartorio, como su gran amigo y coetáneo Gabriel D'Annunzio, se sintió inflamado de patriótica cólera contra el austriaco, enemigo tradicional de su patria, y se alistó en Mayo de 1915 en un regimiento de Caballería. Al conocer este hecho recordamos su famoso autorretrato

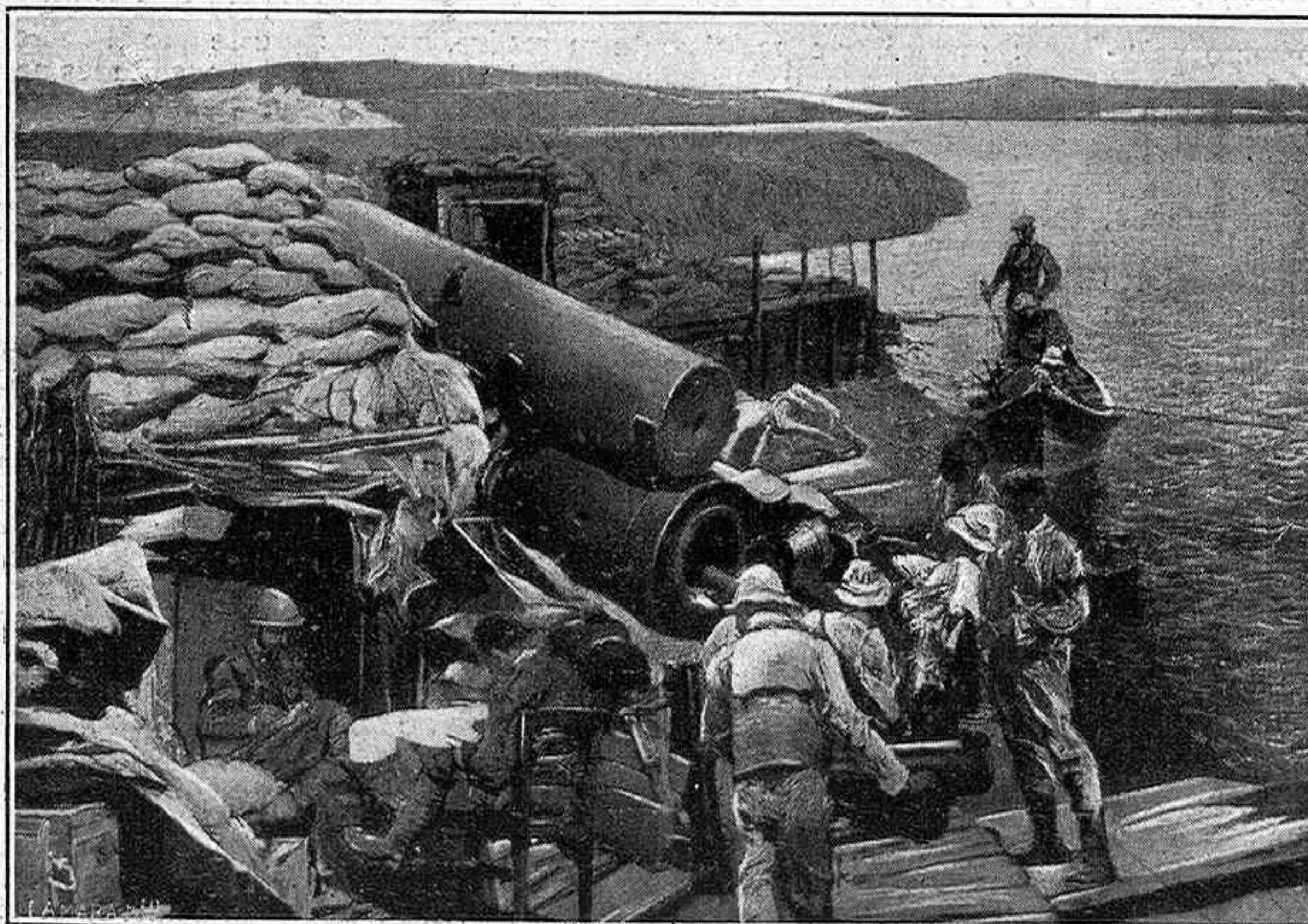
ecuestre, donde el artista se muestra en lo alto de una colina, con una actitud expectante y serena de vigía ó de centinela. Sobre él, un cielo tormentoso, fuliginoso, infla sus nubes plúmbeas, en las que un rayo zizaguea. A los pies del caballo un tigre acecha y una serpiente se desenrosca para atacar. Pero el artista no ve la fiera ni el reptil, no parece oír el fragor de la tormenta. Conserva una gallarda actitud de retador y de contemplador de espacios...

Así, fatalmente, fué sorprendido, herido y hecho prisionero por una patrulla austriaca á fines de 1915, y retenido en Austria hasta Abril de 1917.

De sus períodos de cautiverio y de acción bélica nació esta serie de cuadros y apuntes que ahora ha contemplado Madrid.

Son como estrofas de un gran poema heroico, y alcanzan más subido mérito artístico que las fotografías de agencia é incluso que los dibujos periodísticos de las grandes ilustraciones.

Pero llegan un poco tarde á nosotros. El mundo—y más esta pequeña parte del mundo, en que vivimos los españoles como los avestruces, con la cabeza bajo el ala, imaginando que así la guerra

"Batería de Marina en la punta Soobba"
(Cuadros de Aristides Sartorio)

no nos vea—olvida pronto. Tan reciente aún, parecen ya lejanos los episodios cruentos de la contienda universal. Nos sentimos asfixiados de humaredas y de hedores cadavéricos, sordos de estampidos, fatigados de trincheras.

Es injusto, es, acaso, infame este olvido que el mundo quiere tender ahora sobre los trágicos espectáculos que todavía palpitan de presente en nuestro corazón y en nuestra memoria. Y, sin embargo, volvemos la mirada hacia otro lado, deseando no recordar más la guerra...

La visión personal, directa, de Aristides Sartorio, está desprovista de horror ó de cólera. Es un poco amplia de concepto psicológico y de concepto visual. Diríase que siempre se encarama sobre las alturas para no empequeñecer de odio su espíritu ni de límites exiguos su mirada.

Es un canto heroico, no una diatriba partidista. Evoca triunfos y abnegaciones de su patria: pero da—hábil y generoso—el carácter al austriaco de un rival digno de la gran nación italiana.

Claro es que para ello ha tenido Sartorio que cerrar los ojos algunas veces; porque serán precisos muchos años, muchos sacrificios y muchos castigos para que los Imperios centrales, causantes de la guerra, queden limpios de tanto como han hecho en contra de la Humanidad.

Domina sobre los episodios y las escenas bélicas de Aristides Sartorio un impulso romántico y una sensibilidad pictóricamente educada de artista. Agrupa multitudes, esboza lejanías, elige



“... En el Carso”

trozos de Naturaleza, busca motivos armoniosos, muy certeramente á través de la monotonía temática, un poco repetida. Sin falsear los hechos y los lugares—la mayoría de los cuadros llevan una fecha y un emplazamiento real—, su fantasía le da encanto novelesco á lo que está reflejado escuetamente en un parte militar.

Luego, el color es brillante, de una rotundez latina, con ese optimismo cromático que es la mejor cualidad pictórica de Sartorio. El dramatismo del asunto adquiere un relieve simpático por la efusividad colorista.

Hubiéramos preferido, no obstante, que á es-

coteca particular de Buenos Aires.

Pero habríamos deseado ver otras obras que recordaran al retratista notable; al animalista, que alterna su inspiración pintando leones, tigres y caballos, con las eglógicas visiones de paz y de melancolía, tituladas: *Il pastorello a Tor di Quinto*, *Sul litorale romano*, *La rovine de Nin-ta* y *Sulle rive dell'Aniene*.

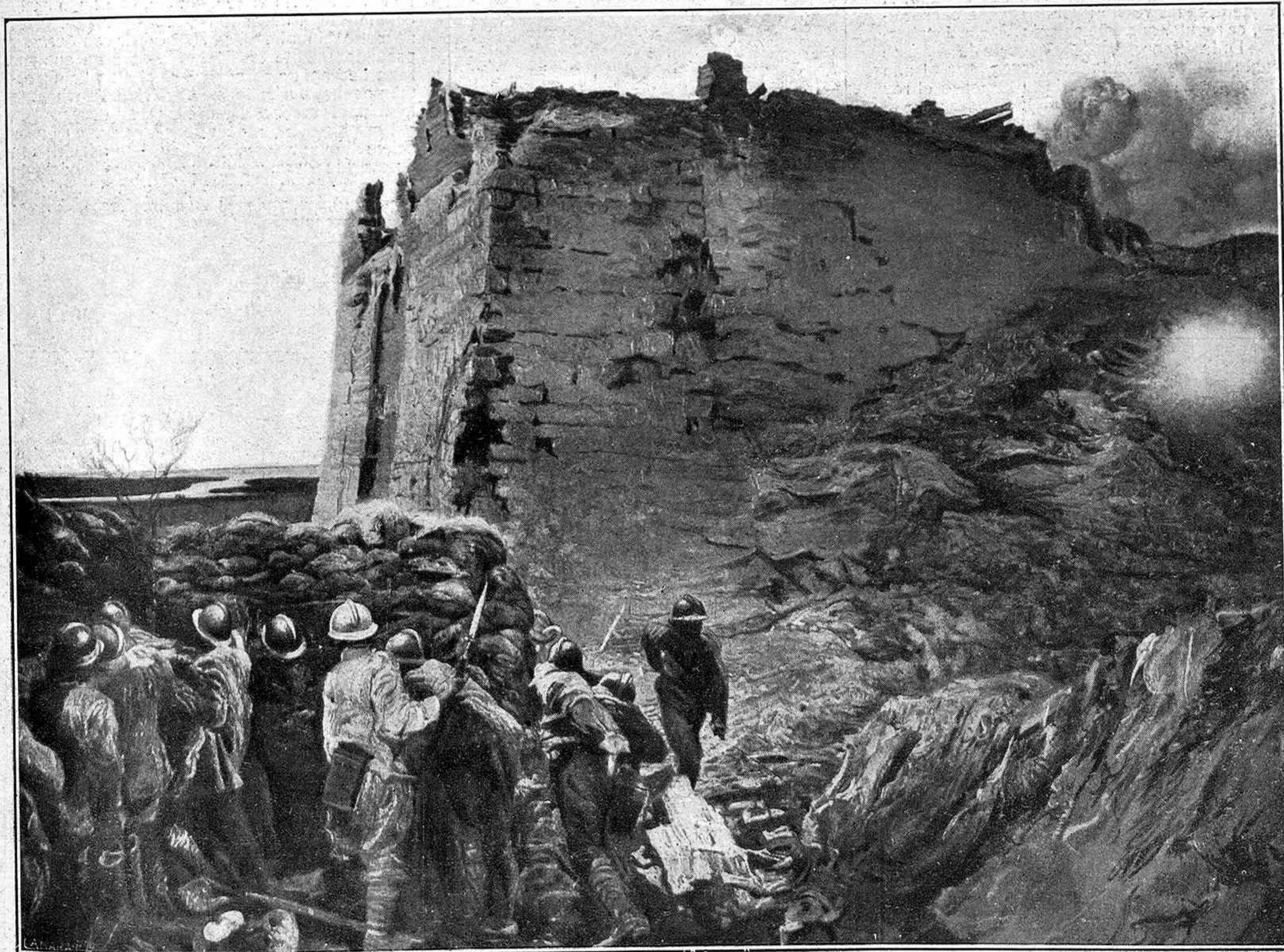
Y de este modo la Exposición del Teatro Real hubiera sido más completa y más reveladora al público de lo que significa hoy en día en la pintura italiana Julio Aristides Sartorio.

José FRANCÉS

tos cuadros y apuntes de la guerra—no exentos, á pesar de todo, de cierto oportunismo efectista—se hubiera unido algo de la obra anterior de Julio Aristides Sartorio, y se habrían evitado, además, algunos ataques demasiado implacables por exceso de *parti pris* crítico y por falta de términos comparativos.

Claro es que no pudieron traerse las pinturas á la encaústica hechas el año 1906 para la Casa del Pueblo de Roma, ni los bellísimos *pan-neaux*: *La luz*, *Las tinieblas*, *El amor* y *La muerte*, del Palacio de Exposiciones de Venecia, y los que representan simbólicamente *La Justicia*, *La Fortaleza*, *La Constancia*, *El Arte*, *La Joven Italia*, *La Forma*, *La Fe*, *El heroísmo comunal*, *El resurgimiento* y *la elevación nacionales*, desde los muros de la Cámara de los Diputados.

Tampoco hubiera sido posible traer el cuadro *La Malaria*, pintado el año 1880, y que se conserva en una pina-



“El horno de cal en el Timavo”

TORRES SEVILLANAS LA ENCANTADA Ó DE DON FADRIQUE

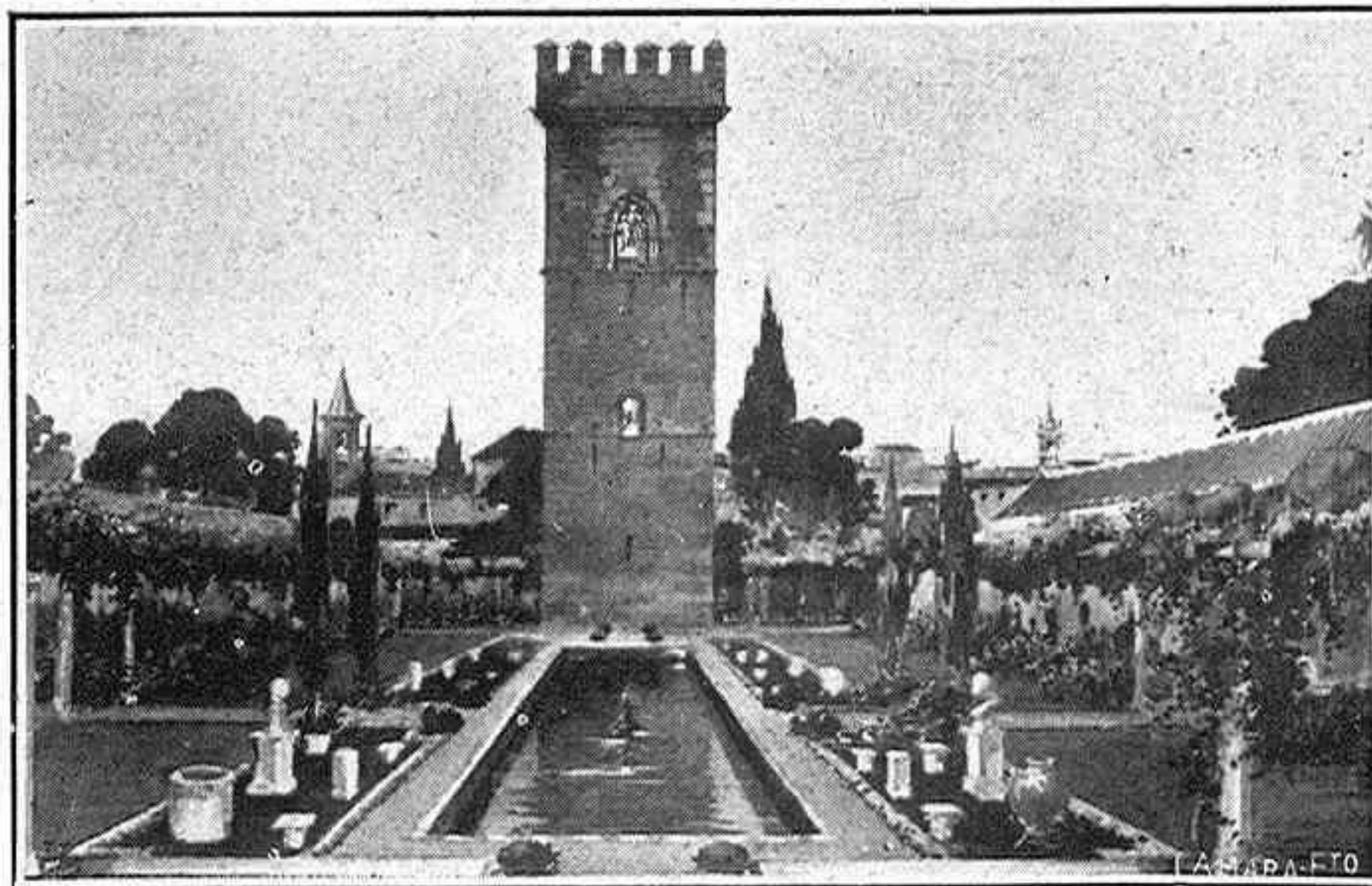
EN el corazón del barrio de San Lorenzo, y dominando las azoteas floridas de las casas alegres que constituyen las calles Guadalquivir, Santa Clara y Lumbreras—esta última refugio de la judería—, se alza la gallarda torre de Don Fadrique, la más notable fábrica que existe en esta provincia entre las que pudieran servir de modelo como de transición del estilo románico al ojival.

Fué mandada edificar en el año 1252 por el infante D. Fadrique, hijo de San Fernando y de Doña María de Suabia, en la huerta del palacio que le cupo en el repartimiento. Así lo pregoná una inscripción, que fué esculpida en mármol azulado obscuro y en muy bellos caracteres monacales, que aparece colocada sobre la maciza cimbra de la puerta y que, vertida al castellano, dice: «Esta magnífica torre fué obra de Federico. Podría llamarse la mayor alabanza del arte y del artífice. Fué grato á sus padres este hijo de Beatriz y del rey de España Fernando, amigo de la ley. Si deseas saber ó recordar la era y los años (de su construcción), en 1290 ya existía la torre bella y esbelta llena de riquezas.»

Anota el cronista González de León, que el palacio fué primero del hermano de D. Fadrique, D. Felipe, primer arzobispo de Sevilla, después de haber sido conquistada por el rey santo, que en él residía y tenía su casa arzobispal.

Habiendo luego D. Felipe renunciado al arzobispado y casándose con Doña Cristina, hija del rey de Daria, para lo que se le dió el título de duque de Alba, pasó á vivir fuera de España, y, aunque después volvió á ella—agrega el cronista—, es regular que este palacio pasase á su hermano D. Fadrique. Mas habiéndosele dado á este infante muerte violenta en Burgos, por el año 1276, en virtud de decreto de su hermano el rey Don Alfonso el Sabio «por algunas cosas que le averiguó en su deservicio», fuéronle confiscados sus Estados y, con ellos, las casas y repartimiento que poseía en Sevilla.

El palacio que nos ocupa fué donado en 1289 á las monjas de Santa Clara por el tío de don Fadrique, rey Don Sancho el Bravo, y así reza en la escritura de donación mandada extender en 15 de Noviembre del referido año: «Por hacer bien é merced á las dueñas del monasterio de Santa Clara, de Sevilla, tenemos por bien de les dar las casas que fueron de D. Fadrique, que son



Proyecto del Sr. Talavera para ardines en la huerta y torre de Don Fadrique

en Sevilla, con su guerta, é con todas sus pertenencias, en que hagan su monasterio, etc.»

Establecida, desde entonces, la clausura, no ha podido ser visitada la magnífica atalaya sino con las debidas licencias de los preladados, y á esta circunstancia se debe la denominación que le da el pueblo de *encantada*.

Solamente los renombrados artistas, la gente de alcurnia y los miembros de la familia real tuvieron acceso á la hermosa torre. No la han vi-



Puerta de la torre de Don Fadrique
FOTS. PÉREZ ROMERO

sitado, sin embargo, ni D. Alfonso XIII, ni las Reinas Doña María Cristina y Doña Victoria Eugenia.

Cuando residían en su palacio de San Telmo los duques de Montpensier, quiso D. Antonio de Orleans comprar á las monjas la huerta y la torre, cosa que acaba de hacer el Ayuntamiento de Sevilla con el laudable propósito de abríles comunicación al público, á fin de que pueda gozar de cerca sus maravillas.

Como dijimos, la torre de Don Fadrique ocupa un lugar de preferencia entre las edificaciones del siglo XIII.

Su fortaleza es como un testimonio del espíritu que dominaba en aquella época, y acaso del pensamiento de su magnate fundador de legar á los siglos—según expresión de un cronista—una prueba de su poder y de su grandeza, que nada sirvieron ante el rigor inflexible del monarca sa-

bio. La fábrica de esta torre es de forma cuadrada y está construida de ladrillo y piedra. Los tres pisos de que consta se indican al exterior por molduras bien sencillas. Sobre la más ancha se asienta un cuerpo almenado. Los muros de la primera estancia están rasgados por aspilleras, y los otros dos por hermosas ventanas, siendo las del último cuerpo elegantes ojivas con adornos de trilóbeos en sus archivoltas inferiores y con pomas en las exteriores. Los vanos del cuerpo central revisten la forma de arcos concéntricos de medio punto que se apean en columnas de estilo románico.

Se penetra en la torre por una puerta grande, de chapería de hierro, sobre la que está colocada la lápida de que en los principios hacemos mención.

La techumbre de la habitación de la planta primera es una bóveda cortada por cuatro aristones con un florón en la intersección central; la del segundo piso es igual á la de aquella, y la del último es una precisa é interesante muestra del estilo ojival en su primer período.

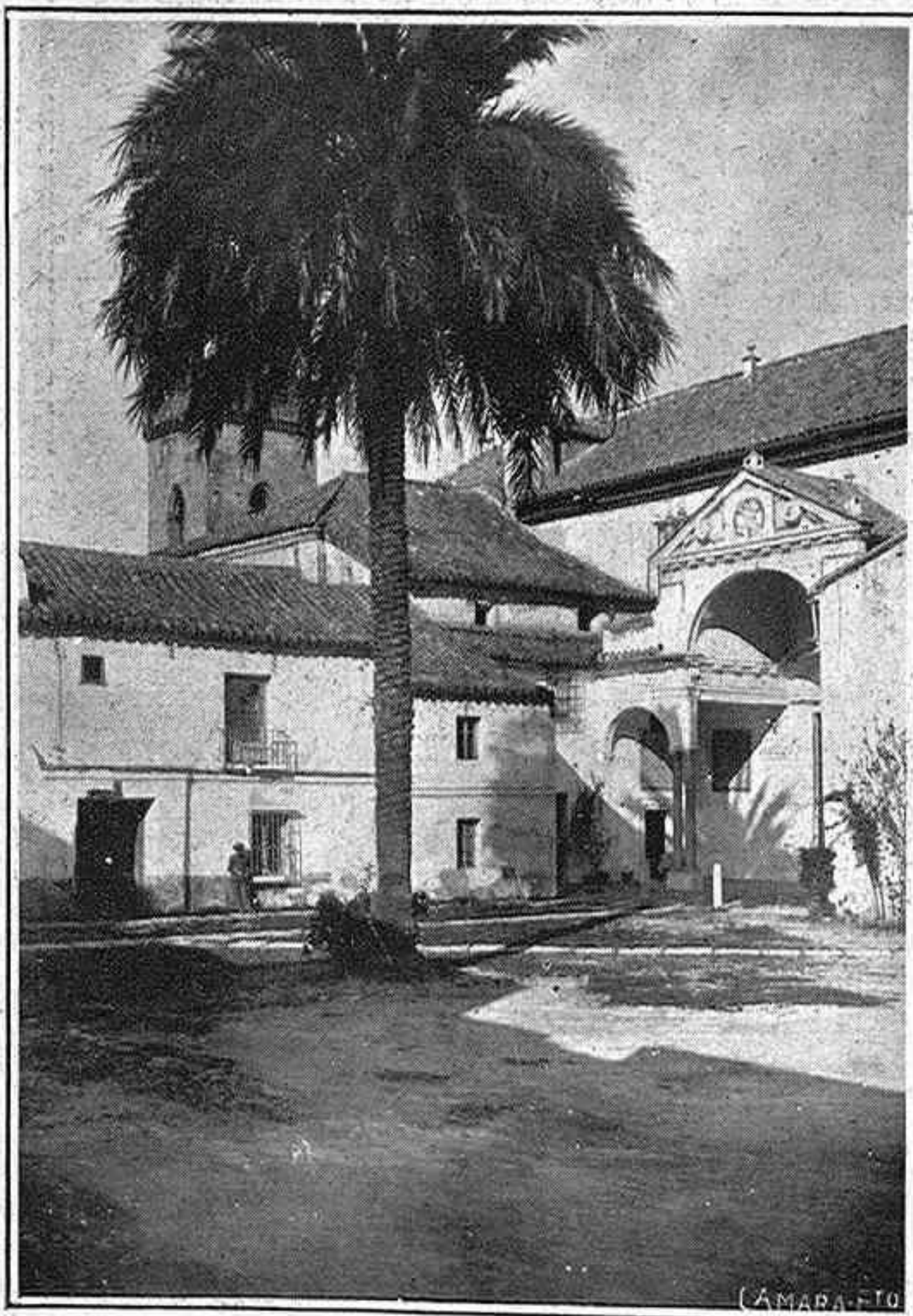
Las nervaduras tienen su arranque en ménsulas de piedra representando formas humanas.

A propósito del lugar en que se alza la monumental torre, dice el ya mentado González de León:

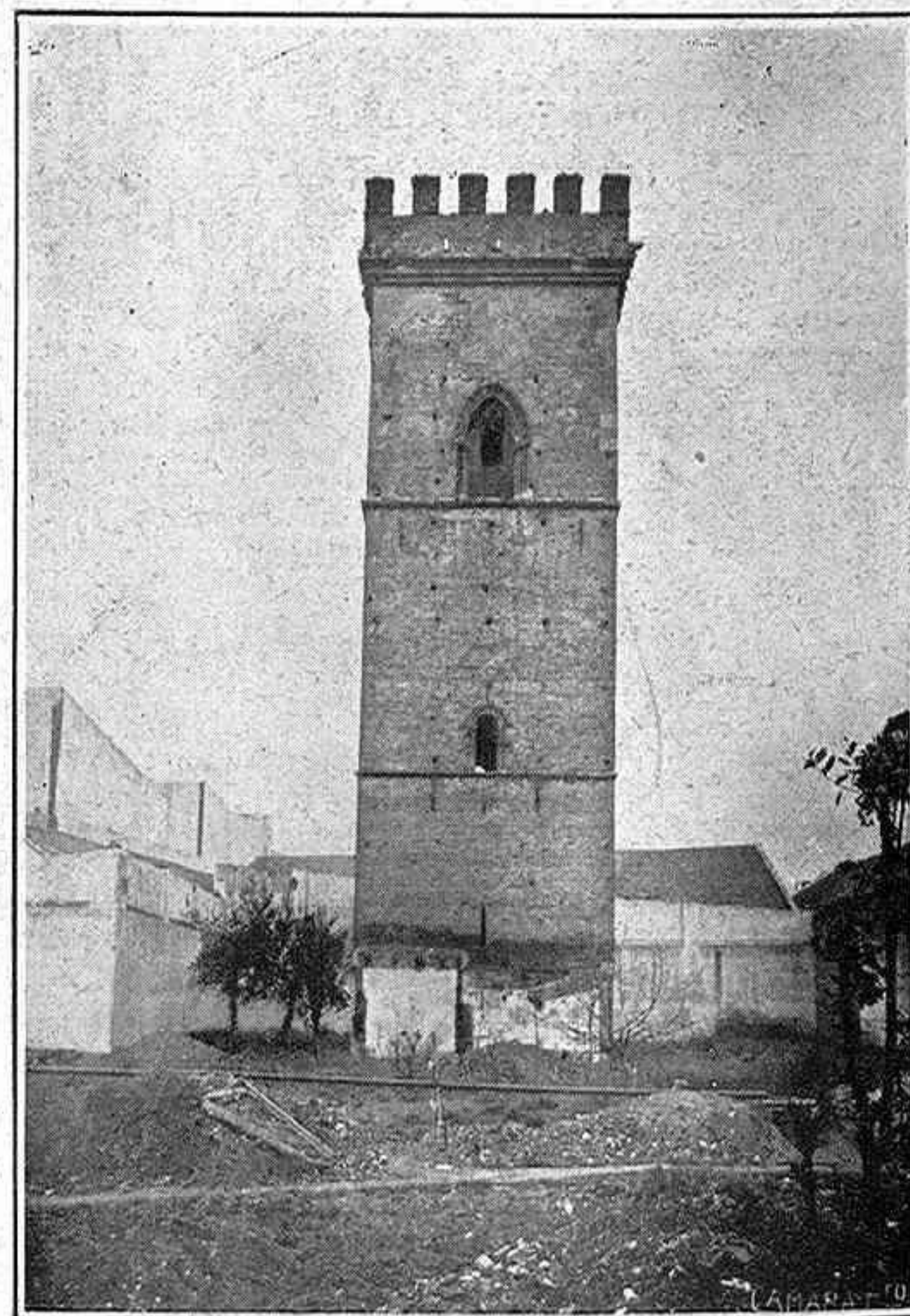
«En esta huerta es tradición que sucedió aquel prodigio consignado en todas las historias, que estando retraída en este convento Doña María Fernández Coronel, fundadora del convento de Santa Inés, huyendo de los amores lascivos del rey Don Pedro, entrando éste (ó sus ministros) un día á sacarla violentamente, ella huyó hasta esta huerta y, llegando á ella los perseguidores, se metió en un hoyo, se hizo cubrir con tierra, y prodigiosamente creció la hierba para que por falta de ésta no se conociese el sitio donde estaba oculta, burlando así la Divina Providencia la diligencia escrupulosa de los que la buscaban.»

Por último, no hemos de silenciar, en honor del cabildo sevillano, que, habiendo adquirido la huerta y la torre, acordó invertir una importante suma para la restauración de esta última, joya arquitectónica, y mandó á su arquitecto, Sr. Talavera, hacer para la huerta un hermoso proyecto de jardines, con fuentes primorosas, estanques y estanques, para delicia y encanto de este pueblo tan lleno de gracia espiritual.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN



Patio del convento de Santa Clara y torre de Don Fadrique



Vista general de la torre de Don Fadrique

UNA BODA ARISTOCRÁTICA



La Srta. Carmen Bermejillo y D. Pedro Pidal y Guilhou momentos después de su enlace, verificado en la iglesia de la Concepción el día 1.º del actual

FOT. SALAZAR

El hermoso palacio que en el paseo del Cisne poseen los marqueses de Bermejillo del Rey, y que una dama artista convirtió en verdadero museo de arte español, vistió de gala el sábado último para festejar un fausto acontecimiento de familia: la boda de la bellísima Carmen Bermejillo con D. Pedro Pidal y Guilhou, hijo de los marqueses de Villaviciosa de Asturias. Verificóse la ceremonia religiosa en el magnífico comedor del palacio, que adornaban soberbios tapices y guirnaldas de flores, y en el que se había erigido un precioso altar, sobre el que aparecía el San José, de Murillo, valiosa joya pictórica de la aristocrática mansión. Padrinos de la gentil pareja fueron la marquesa de Bermejillo y el marqués de Villaviciosa, actuando de testigos: por ella, el

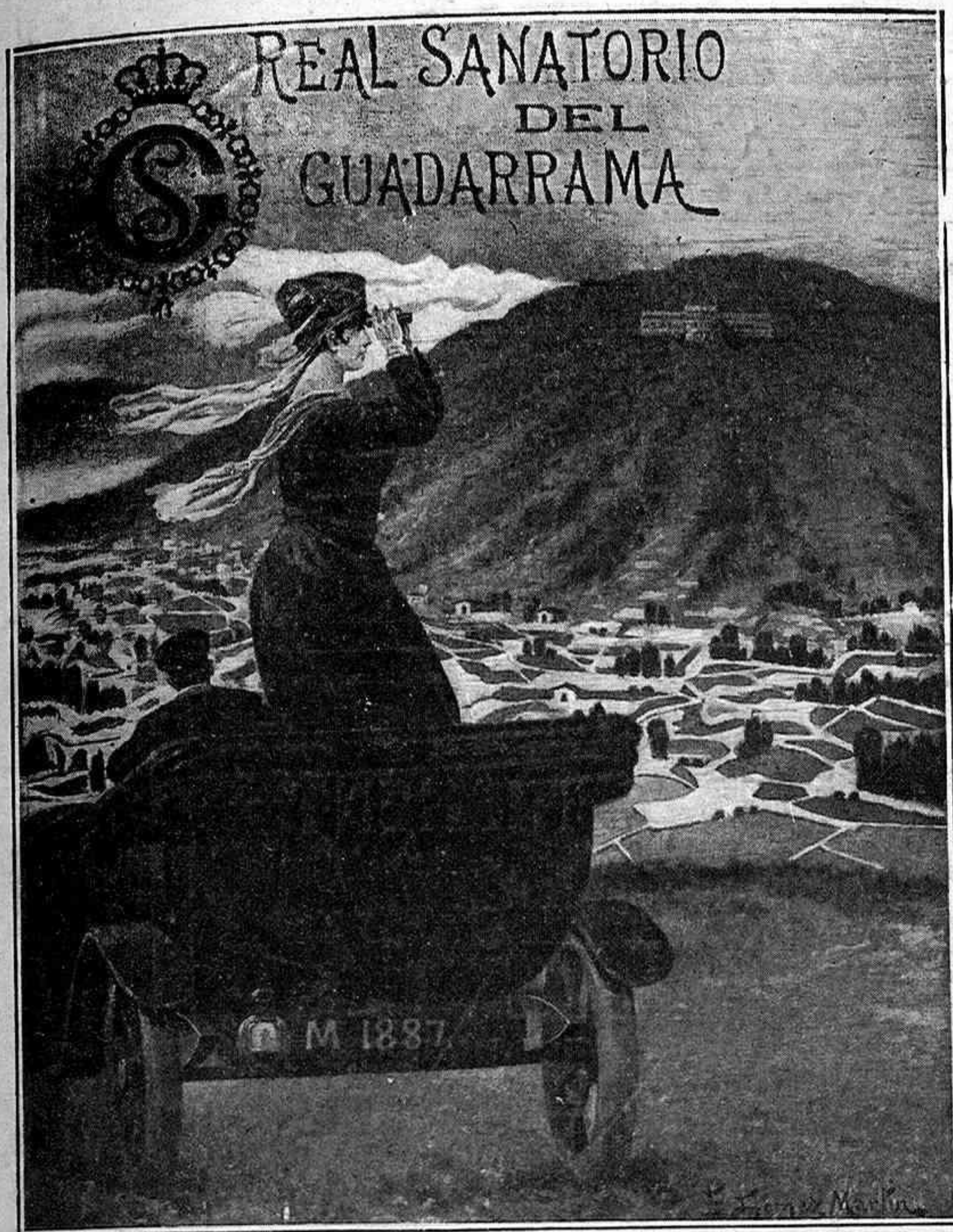
ex presidente del Consejo D. Eduardo Dato, el marqués de Valtierra, el de Mohernando, el conde de Artaza y D. Javier Bermejillo. Por el novio, el marqués de Valderrey, el conde de Mieres, D. José Pidal, D. Carlos Bernaldo de Quirós y D. Tomás de Liniers. La arrogante figura de la desposada, vestida con elegantísimo traje blanco brochado en plata, y ostentando el magnífico collar de perlas, regalo del Sr. Pidal, destacábase en el artístico conjunto formado por la aristocrática concurrencia que presenció la ceremonia. Al registrar en nuestras páginas este importante acontecimiento de la vida social madrileña, *Prensa Gráfica* se complace en felicitar por este fausto suceso a los nuevos señores de Pidal y a sus padres.

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE SEVILLA



Capilla Real de San Fernando, en la catedral de Sevilla

FOT. PÉREZ ROMERO



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
 Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
 Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortaleza, 132, Madrid

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐
 "NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	30 pesetas
» »	Seis meses.....	18 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
»	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL	Un año	35 »
»	Seis meses.....	20 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »

➔ Sucursal de LA ESFERA ➔
 MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite gratis, á quien lo solicite,
 ☞ Catálogos y su Boletín mensual ☜

UN RESFRIADO MAL CUIDADO

es una puerta abierta
 á todas las ENFERMEDADES
 de la GARGANTA, de los BRONQUIOS
 y de los PULMONES

**! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO!
 PUEDE V. CURARLO**

en pocos días, radicalmente y á poco coste
 con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero, sobre todo, no emplee V. sino las
 VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

las que se venden sólo

En CAJAS de Ptas. 4.50

con el nombre VALDA en la tapa
 y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ta},
 BARCELONA.

Fórmula:
 Menthol... 0.002
 Eucalyptol... 0.0005
 Azúcar-Goma.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FÁBRICA DE CORBATAS 13, CAPELLANES, 11:
 Camisas, Guantes, Pañuelos.
 Géneros de punto, Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1877.

SIROLINE "ROCHE"

El frasco *fcos* 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prevenir que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

EL MÁS PODEROSO
DE LOS
TÓNICOS



cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

*Almorranas, Bilis,
Embarazo gástrico ó intestinal, Jaqueca*

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

SIEMPRE 20 AÑOS



La BRILLANTINE EMILMAT es verdadero elixir de vida nueva para el cabello cuando éste, por efecto de los años, enfermedades u otras causas, ha perdido su esplendor, su lozanía ó su color natural.

Unas pocas fricciones con BRILLANTINE EMILMAT dan al cabello enfermo la brillantez y hermosura del cabello sano y devuelven rápidamente el color natural en todos los casos de encanecimiento. Su uso impide la salida de las canas. Se aplica como una loción cualquiera. No engrasa, ni ensucia.

Estuche: Ptas. 4, en perfumerías y droguerías
Por mayor: EMILMAT, Salud, 5, Madrid.
Se envían gratis folletos de los métodos EMILMAT

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.